



LO QUE NO PUEDE DURAR EN EL PARTIDO COMUNISTA

Louis Althusser

Traducción de
PEDRO VILANOVA TRÍAS

Primera edición en español, septiembre de 1978

Siglo XXI de España Editores, S. A. Louis Althusser

Primera edición en francés, 1978

Librairie François Maspero, París

Título original: *Ce que ni peut plus durer dans le parti communiste*

Índice

NOTA EDITORIAL

INTRODUCCIÓN	5
1. LA ESTRATEGIA: EL VIRAJE DISIMULADO	22
I. Cómo reflexiona la base	25
II. Los militantes que quieren comprender	26
III. La hipótesis más verosímil	28
IV. El viejo reflejo	30
V. Cómo tratar el error en política	31
2. LA ORGANIZACIÓN: UNA MÁQUINA PARA DOMINAR	34
I. La época de los grandes lanzamientos	35
II. Los militantes en una situación imposible.	54
III. Por fin, la esperanza al alcance de la mano	37
IV. Un modo de funcionamiento que hay que cambiar	39
V. Un partido calcado del aparato de Estado y del aparato militar	40
VI. El modo de funcionamiento burgués de la política	42
VII. Un pacto entre los dirigentes	44
3. LA IDEOLOGÍA DEL PARTIDO	47
I. La era de las vulgaridades oficiales	49
II. El “tope”	52
4. UNA SOLUCIÓN: SALIR DE LA FORTALEZA	57
I. Todo se ha hecho desde arriba	58
II. La cuestión decisiva: la relación con las masas	59
III. El partido, prisionero de su repliegue	63
IV. Una línea de unión popular	65
Anexo 1	
CARTA DE SEIS INTELLECTUALES DEL PCF	68
Anexo 2	
UNA REGRESIÓN	72

El cuerpo central de este pequeño libro está formado por los cuatro artículos de Louis Althusser que, con el título genérico “Lo que no puede durar en el Partido Comunista”, fueron publicados por el filósofo comunista francés en Le Monde, del 24 al 27 de abril de 1978. Los artículos van precedidos de una introducción redactada por el autor para la edición francesa. Estos textos se sitúan en el marco de la importante contestación interna que se desarrolla en el PCF después de la derrota de la izquierda en las elecciones de marzo.

Como apéndices incluimos dos declaraciones en las que aparece la firma de Althusser. La primera, de un grupo de intelectuales del PCF, publicada en Le Monde el 6 de abril, a raíz del informe que Charles Fiterman presentó a la reunión de secretarios federales del partido el 29 de marzo. La segunda declaración apareció en el mismo diario el 20 de mayo. Fue firmada por trescientos comunistas franceses, a los que posteriormente se sumaron otros muchos, hasta rebasar las mil doscientas firmas en el momento de la publicación de este libro. Esta segunda declaración hace referencia al informe de Georges Marchais al comité central del PCF publicado en L'Humanité el 28 de abril.

INTRODUCCIÓN

El texto que sigue a continuación corresponde, con escasas modificaciones, al de los cuatro artículos que aparecieron en el diario *Le Monde* entre el 24 y el 27 de abril de 1978, ya que fue imposible proponerlos a *L'Humanité* a causa de la prohibición por parte de la dirección de abrir cualquier tribuna libre.

El 26, 27 y 28 de abril, el comité central se reunía en sesión plenaria, anunciada al día siguiente del 19 de marzo, para analizar las causas de la derrota de la unión de la izquierda, el papel del partido y la política a seguir.

El 28 de abril, *L'Humanité* publicaba el informe *introdutorio* de G. Marchais, declarando sin ningún comentario que había sido aprobado “por unanimidad”, es decir, el 27, o sea... 24 horas antes del fin de los debates. Al margen de una declaración final muy breve del CC, que nada añadía al informe de G. Marchais, la prensa del partido no dio *ninguna información* acerca de los debates en el seno del CC. Sin embargo, el propio G. Marchais reconoce que durante la discusión (en el partido, y *antes* de la reunión del CC) “se plantearon muchas preguntas”, y en el curso de su informe aludió a la subestimación, por parte del partido, de las dificultades para que las masas populares tomen conciencia de sus verdaderos intereses, y también al carácter demasiado reciente del XXII Congreso como para haber extraído del mismo todo el beneficio esperado. Únicamente sobre estos indicios, y sin mencionar todo lo demás, que fue silenciado, el CC tenía mucho de qué hablar y debatir, y seguramente no se privó de ello. A los camaradas que, ante la gravedad de los problemas en presencia, habían pedido que el partido fuera informado con la publicación íntegra de los debates del CC (petición que en modo alguno choca con ningún artículo de los estatutos), la dirección respondió simplemente con la actuación del Príncipe: no publicando *ni* el informe íntegro (lo que rara vez se ha hecho), *ni* un informe amplio, *ni siquiera* un resumen de los debates y de las principales intervenciones (lo que se ha hecho muy

a menudo). Así, en abril de 1978, el silencio oficial del CC queda abiertamente consagrado como norma de gobierno por la dirección del partido.

Se puede observar que G. Marchais, tan prolijo sobre las intenciones que atribuye a unos desconocidos, no dice ni una palabra acerca de la petición de publicación íntegra de los debates en el CC. Él, que tiene sobradas razones que oponer a objeciones imaginarias, no ha encontrado ni un solo argumento para responder a dicha petición. La respuesta ha sido el silencio: sin explicaciones.

En estas condiciones, los comunistas, a los que se repite sin cesar que sus dirigentes son sus propios “representantes electos”, a los que han escogido libremente “por votación secreta”, no sabrán jamás las observaciones que éstos han presentado al CC, qué preguntas se han hecho, y qué posiciones han defendido. En lo que se refiere a su voto, evidentemente es bien conocido puesto que el CC vota por unanimidad *según una costumbre institucional*. Pero en cuanto a sus intervenciones, nunca tendrán ante sus ojos el equivalente del informe analítico (en el *Diario Oficial*) que cualquier ciudadano puede consultar para informarse de las posiciones defendidas por su diputado en la Asamblea Nacional.

Los debates permanecen en secreto. Secreto de dirección.

¿Acaso contienen algo cuya publicación podría servir al enemigo de clase? Entonces, que se diga claramente. Si no, uno no puede dejar de pensar que *esta medida de seguridad extraordinaria* es una precaución contra otros peligros: el “peligro” de que los militantes comparen su propia experiencia con la representación que de ella se hacen sus “representantes”; el “peligro” de que puedan hacerse, sobre datos reales, una idea precisa e irrefutable de la distancia que separa la base de su dirección, y de la obstinación de la dirección en conservar esta distancia; el peligro de que se interroguen sobre las extrañas razones de esta práctica de la dirección.

Los debates permanecen en secreto. Secreto de dirección.

Los militantes comunistas que habían solicitado que, previamente a esta importante sesión, los miembros del CC “bajasen” hasta las células para informarse de las opiniones de sus “electores” de base, no dejarán de notar que los miembros del CC se negaron, por di-

rección interpuesta, tanto a informarse cerca de ellos como a informarles de sus intervenciones en la sesión del CC.

Aparentemente, la mejor manera para un miembro del CC de hacerse con una idea de la opinión de los militantes comunistas, no consiste en escucharles en sus células, sino en contentarse con los informes “filtrados” de los secretarios de federación (“filtrados”, porque éstos son juez y parte de la política que han dirigido y ejecutado), de los cuales únicamente tres o cuatro han publicado sus impresiones en *L’Humanité*, y con los artículos de algunos dirigentes que sin duda tenían sabidurías especiales para exponer sus convicciones en el mismo periódico. Aparentemente, para un miembro del CC la mejor manera de informar a sus “electores” sobre lo transmitido de sus opiniones y preguntas consiste en comentar y defender el único documento publicado, es decir, el informe de G. Marchais; en resumen, la mejor manera de informarles acerca de sus intervenciones consiste en envolverlo todo en el silencio colectivo. No se trata de exigir a la dirección que lo diga todo y en todas las ocasiones. Pero de ahí a extender el silencio a los debates de una importante reunión del CC, cuyo objeto no tiene nada de secreto, constituye un procedimiento que da una extraña idea de la dirección colectiva: la complicidad generalizada en el silencio.

Los informes habituales a los militantes sobre los “debates” del CC no dejarán de tener interés. Al parecer la dirección ha encontrado la manera de dar un rodeo. Aparte de algunas federaciones, en las que se organizan “jornadas de estudio sobre los trabajos del CC” para todos los militantes -pero precedidas, para mayor seguridad, de “cursillos” para los dirigentes de federación-, en la mayoría de las federaciones no se invitó a todos los militantes, contrariamente a la tradición, sino tan sólo a los responsables a partir de los miembros de los comités de sección. ¿Qué es lo que puede justificar una elección que hace de los “responsables” militantes de pleno derecho, y deja a los demás a un lado? ¿Con qué derecho la dirección se autoriza a sí misma a dividir el partido “de los 630.000 miembros” entre los dignos y los indignos? Le costará trabajo explicarse sobre esta discriminación.

De todas maneras, cualesquiera que sean las formas más o menos democráticas o selectivas, el destino de estas asambleas está fijado

de antemano. Se tratará únicamente de “estudiar” el informe de G. Marchais, sin que se pueda esperar de los dirigentes presentes la menor información acerca del contenido de los *debates* del CC. ¿Y de qué se va a discutir, sobre este fondo de silencio oficial? G. Marchais dice: “Si diéramos crédito a algunos” (que no nombra), el debate no sería democrático porque estaría “canalizado”, “aprisionado”, “encuadrado”, “asfíxiado” y “compartimentado”. Gracias por haber *impreso la verdad* en *L’Humanité*, aunque sea para refutarla con razones ridículas. Sí, la discusión está “encuadrada” de antemano: simplemente, por las conclusiones sin premisas del buró político del 20 de marzo, que el informe de G. Marchais hace suyas, reforzándolas y sin añadir el menor análisis. Para la dirección, las “jornadas de estudio” sólo tienen un sentido: a menos de que los militantes alteren por completo el programa, y por iniciativa propia discutan las cuestiones ausentes en el mismo, “estudiar” el informe de G. Marchais equivale a “estudiar” las conclusiones de *un debate que está cerrado*, y consiste, pues, en “impregnarse” de la idea de que la discusión está terminada y de que la única pregunta pendiente concierne al futuro: “¿Y ahora?”. Si declarar por arriba que la discusión ha concluido, si dar a las “jornadas de estudio” el objetivo de tomar conciencia de que el debate está cerrado, mientras que nada se publica sobre los debates del CC, si todo esto no es “canalizar” la discusión, o peor aún, *parar* toda discusión, entonces es burlarse de las palabras y de las personas.

Y como todo se centra en el informe de G. Marchais, el lector podrá apreciar el contenido de su discurso, su aprobación “por unanimidad”, su silencio opaco sobre las cuestiones cruciales, sus presupuestos teóricos y políticos, así como sus métodos de refutación de objeciones imaginarias para desembarazarse de las objeciones molestas.

No me había parecido oportuno recordar este efecto específico de la estructura y del funcionamiento del partido; el tipo de *refutación* que sus dirigentes prefieren por encima de todo. Cabía esperar efectivamente que, puesto que había tenido lugar un cierto XXII Congreso, la dirección renunciaría por sí sola a su uso.

Se podía ciertamente prever que a algunos de los intelectuales se les echaría en cara (para dividirlos entre sí y para predisponer a los

otros trabajadores contra ellos) que sólo “monologaban desde la mesa de su despacho” -digamos que en lo referente a monólogo y a despacho la dirección no tiene nada que aprender de nadie- y que se les cerraría la boca con un llamamiento bajamente demagógico. ¡Cosa hecha!, y con el argumento más grosero que jamás se ha utilizado hasta la fecha: la *diferencia de ingresos económicos*. Si la dirección aplica este argumento a la Unión del Pueblo de Francia, le deseamos buena suerte, y entonces sí que estamos listos.

Pero cabía esperar, a pesar de todo, que la dirección renunciase al viejo procedimiento retórico y político de la *amalgama*, la gran (y única) “contribución” histórica de los partidos estalinistas al “arte” de refutar la verdad, así como a confundir inocentes con culpables. Hay que desengañarse. Al leer el informe de G. Marchais, se pueden constatar tres ejemplos notables de amalgama.

1. Ante todo, no acepta ninguna de las cuestiones reales, de las objeciones reales, de las críticas reales que muchos comunistas, con espíritu constructivo, han hecho a la política seguida por la dirección desde 1972 y más concretamente desde septiembre de 1977, y sobre todo a las “razones” invocadas para justificarla.

Sin embargo, cada vez (y vuelve sobre ello una y otra vez) que G. Marchais evoca una objeción, uno se queda estupefacto ante su procedimiento. Siempre la atribuye a un anónimo, individual o colectivo, sin citar nunca nombres, ni fechas ni lugares, del modo siguiente: “algunos..., varios..., otro..., algunos camaradas..., ciertos moscardones...” (pero, *¿quién* ha dicho tal o cual cosa?, *¿dónde?* y *¿cuándo?*). Hay que afirmar: este anonimato, que invoca fantasmas, *hace imposible cualquier verificación* acerca de las “declaraciones” evocadas. Este anonimato insulta a todos los camaradas que han firmado sus reflexiones con sus nombres, señalando los cargos en el partido, después de chocar con la negativa de publicación por parte de la dirección. Pero, al mismo tiempo, este anonimato es endiabladamente cómodo, porque si G. Marchais hubiera tenido la simple honestidad de citar nombres y términos exactos, se hubieran podido comparar las reflexiones que pone en boca de fantasmas con los textos realmente escritos y firmados por comunistas, y entonces hubiera sido posible juzgar con pruebas reales el valor de tales apreciaciones.

Sin embargo, cuando G. Marchais evoca una reflexión o una objeción, se trata, con una o dos excepciones, de una objeción tan absurda e impensable para un comunista que uno se pregunta de dónde la ha sacado –a menos de que la haya pura y simplemente reconstruido a medida para su demostración. Ejemplo: el partido debería “discutir en la plaza pública”; debería instaurarse en el partido y en su prensa “una especie de discusión permanente sobre todo”; el partido debería convertirse en un “club de discusión”; los permanentes, y todo comunista sabe que son indispensables, son víctimas de “ataques”; hay que “renunciar a ser comunistas”, etc.

El hecho de que G. Marchais crea oponerse con este método a un peligro de “anarquismo pequeñoburgués” que amenazaría al partido, plantea ante todo la cuestión de la existencia políticamente imaginaria de tal amenaza. A menos de que aquí se haga alusión a otra cosa completamente distinta: la reactivación del reflejo anarquista a causa de la derrota de la izquierda, en las regiones marcadas por la tradición anarcosindicalista *obrera*.

Pero cada vez que se invoca una objeción tan vulgar y tan baja, como G. Marchais no dice ni una palabra acerca de las objeciones serias, *el mecanismo de la amalgama está en marcha*: se amalgama las objeciones serias y las vulgares para desacreditar a los que han enunciado reflexiones serias, con la refutación (¡qué fácil!) de una objeción imaginaria. Quién se atrevería ni por un momento a afirmar que los comunistas que firmaron con su nombre la petición de apertura de una tribuna de discusión en la prensa del partido, después de la derrota del 19 de marzo, pretendían que sirviera para “hablar de cualquier cosa y de todo”.

Es un insulto. Pero se les insulta al amparo del silencio sobre sus reflexiones. Porque las objeciones reales nunca son citadas, nunca son evocadas. Estas objeciones, en el sistema de *intimidación* ideológica y política que representa el informe del secretario general, aprobado por unanimidad en el curso de un debate del que nada se sabe, se ven desacreditadas, rebajadas y condenadas por mediación de unas objeciones vulgares que irán naturalmente a “representarlas” ante los camaradas fieles, confiados, pero no informados.

Con procedimientos de este tipo es como “se forja” la unidad del

partido. G. Marchais, disimulando, pero con el éxito asegurado de antemano, monta así de arriba abajo un proceso prefabricado, que recuerda otros infinitamente más graves, en los que la acusación descansa a la vez sobre testimonios anónimos y falsas declaraciones. Buen trabajo. ¡Después, ya podemos invocar el “espíritu” del XXII Congreso!

2. Pero eso no es todo, porque he aquí la segunda forma de amalgama, más sutil todavía. Preside todo el apartado del informe de G. Marchais titulado: “Discusión pública y discusión en el partido”. “Un número limitado de camaradas han elegido expresarse públicamente fuera del partido”. Primera hipocresía: estos camaradas, para empezar, no han “elegido”, sino que han *hecho* lo que cualquier comunista hace: han dirigido normalmente sus reflexiones a la dirección del partido para su publicación. La dirección se ha negado en redondo: se han visto obligados, entonces, a “expresarse públicamente fuera del partido”, siguiendo por otra parte, de esta forma, ejemplos de arriba. Cuando se dice que unos camaradas han “elegido” -cuando, por culpa de la dirección, *no tenían ya elección*, ¿cómo calificar este procedimiento? Y he aquí la segunda hipocresía: al decir que estos camaradas han elegido expresarse públicamente “fuera del partido”, G. Marchais da a entender que han preferido “la discusión pública” en detrimento de “la discusión libre, democrática, en el seno del partido”. En suma, y para ser sinceros, habrían preferido la expresión en la prensa burguesa *contra* la expresión en el partido. Todos los militantes que conocen a los camaradas que se han “expresado públicamente fuera del partido”, y sus responsables, saben que *al mismo tiempo se han expresado en “el debate colectivo en el partido”*, y que han ocupado su lugar en el mismo. Contrariamente a las insinuaciones de G. Marchais, no tenían el menor “temor” de “ver sus propias posiciones políticas rechazadas por la mayoría después de una libre confrontación”, porque para decir las cosas con franqueza, ¿quién parece temer la confrontación en el partido, sino la dirección que silencia por completo los debates del CC? Si es así, ¿de qué tiene miedo? En cuanto a los comunistas que “se han expresado públicamente fuera” porque la expresión *interna pública* les estaba prohibida, realmente hay que conocerlos mal, tanto para creer que temen la

confrontación -al contrario, no dejan de reclamarla-, como para creer que se hacen ilusiones: saben que todo el sistema del partido está hecho para “rechazar” sus reflexiones, digo bien, el sistema y no sólo el CC, que no es más que la santa concentración de aquél.

Todas estas hipocresías e insinuaciones descansan sobre la pobre oposición que hace G. Marchais entre “discusión pública” y “discusión libre interna”. ¿Qué oposición radical existe, pues, entre una discusión libre pública y una discusión libre interna? ¿Por qué una discusión libre interna no podría tener también aspectos públicos? Misterio. La solución de este “misterio” es sin embargo simple. Sucede que lo que es público, en principio, está *al alcance de todo el mundo*, y todo el mundo puede acceder a ello libremente y en pie de igualdad. Sin embargo, esto no sucede así en el partido: ya que la discusión, cuando no es “pública” (ejemplo: tribunas de discusión), tiene lugar en la compartimentación de las organizaciones, células, secciones y federaciones. G. Marchais puede intentar arreglar las cosas hablando de “discusión *colectiva*”, juega con las palabras y lo sabe perfectamente: porque la discusión (la de *todo* el partido) no puede ser definida como “colectiva” más que *en su resultado*, no es “colectiva” *en su realidad efectiva*: los miembros de una célula sólo discuten entre sí, luego sus delegados entre sí en la sección, etc. –todo ello en los pasillos separados y herméticos que van de la base a la cumbre. En consecuencia, ¿dónde se realiza esta extraordinaria visión de la confrontación universal con la que, para “hacer tragar” lo que dice, G. Marchais se excede añadiendo *efectos líricos a lo Michelet*?

“... *la reflexión colectiva intensa, en la que todos juntos, hombres y mujeres comunistas, obreros, empleados, campesinos, intelectuales, cada uno en función de su propia sensibilidad, confrontan sus ideas y sus experiencias, a fin de enriquecer el pensamiento y la práctica de su partido!*” [Subrayado por mí, L. A.].

Esta vez la amalgama ya no se refiere a la sustitución de unas declaraciones por otras, sino a la realidad misma del partido; la amalgama consiste simplemente no en pensar, sino en “hacer tragar” como sea, en una frase lo bastante larga, la idea de que los comunistas “confrontan todos juntos” sus ideas y sus experiencias, sin mencionar nada acerca de las condiciones reales, estructurales y

organizativas, *separadas* de la “reflexión” en el partido, que hacen que los comunistas nunca estén “todos juntos” y que, salvo accidente e incluso en caso de accidente (ejemplo: mayo del 68, marzo del 78), el resultado de esta “confrontación” siempre se conoce por adelantado, puesto que la dirección lo ha fijado de antemano.

El colmo de este procedimiento, y sin duda su objetivo número uno, consiste en ampararse detrás de la abstracción de una “confrontación colectiva” imaginaria para *no decir nada* sobre los temas abordados no sólo por la base, sino también por los responsables de los distintos niveles del partido. El silencio oficial sobre los debates del CC estaría así en la lógica misma de la pretendida “confrontación colectiva”.

Después de todo, para los que no lo han conocido o los que querían olvidarlo, Stalin hablaba exactamente de la misma manera sobre la “reflexión colectiva”, y sobre la confrontación de los *comunistas “todos juntos”* que enriquecen el pensamiento y la práctica del partido.

3. Y he aquí el tercer ejemplo de amalgama, que por una vez tiene cierta gracia. Dice G. Marchais:

“Ciertamente, hay que decirlo, la dirección de nuestro partido se ha visto obligada a señalar que existen, aquí y allá, camaradas comunistas que creen que los problemas de la unión se podrían superar con la simple invocación verbal: “¡Unión, unión, unión!” , sin hacer el esfuerzo indispensable para impregnar a los trabajadores del contenido transformador del Programa Común. Esto es, desde luego, un defecto indiscutible. No por ello es menos cierto que, a pesar de tal o cual error o defecto, lo que ha inspirado realmente la acción de todos los comunistas es la voluntad de hacer triunfar la unión y el cambio democrático”.

¡Menos mal! Nos habíamos asustado: rozar así el peligro de invocar “tal defecto” o incluso “tal error” (¡vaya!, ¿habría habido alguno? Tranquilicémonos: secreto de dirección). Gracias a Dios, la “voluntad de hacer triunfar la unión” acabó prevaleciendo.

Esta historia de invocación verbal no deja de tener su gracia en boca de G. Marchais. Ignoro a qué comunistas puede apuntar (también aquí el anonimato es más seguro) pero leyéndole, después de

todo, creí que *se refería a sí mismo* y que estaba a punto de iniciar su, cómo se llama esa cosa vieja, que por otra parte puede ser de testable, pero está tan lejos... ¡ah!, su “autocrítica”. Porque en cuanto a invocaciones verbales, tanto sobre la unión, como sobre el Programa Común, me atrevería a decir que hemos quedado servidos, en la prensa, en la radio, en la tele, ¡cuántas veces por semana! Esto es *la amalgama al revés*, para cargar sobre los demás las propias faltas. Cuando se tiene el poder, nada más fácil. Y lo que acabo de decir no tiene nada que ver con el feliz hallazgo de una fórmula que permitiría decir con malicia que G. Marchais, creyendo hablar de los demás, habla de sí mismo. Porque una fórmula no es más que eso, y no es de buen tono abusar de ella. Pero no es únicamente una simple fórmula. Porque G. Marchais persevera y se hunde en su propia confesión involuntaria.

No hay más que ver la expresión extraordinaria que utiliza. Denuncia a los que “creen que los problemas de la unión se podrían superar con la simple invocación verbal: ‘¡Unión, unión, unión!’ –sin hacer el esfuerzo indispensable para *impregnar* a los trabajadores del contenido transformador del Programa Común”.

¡*Impregnar* a los trabajadores! Nunca se había dado mejor *nombre* a la operación mágica a la cual la dirección ha dedicado, por decirlo así, todos sus esfuerzos, es decir, la operación por la que ha intentado, con medios puramente verbales, que los trabajadores adquieran “conciencia” del “contenido transformador del Programa Común”. Porque *impregnar* es dar desde el exterior la conciencia de una verdad de la que no se tiene conciencia.

“Se impone [después del CC] una primera certeza: hay que proseguir y desarrollar nuestro esfuerzo para hacer tomar conciencia de las causas reales de la crisis a la mayoría, etc. [De la crisis, y no del estado de la lucha de clases. L. A.] Nada puede dispensarnos de la batalla de ideas que hemos de llevar a cabo...”

La conciencia es “unas ideas”: ideas sobre las causas de la crisis y sus perspectivas.

“El partido -contrariamente a lo que pretenden algunos moscardones [siempre la misma pregunta: ¿quién? L. A.] - ha realizado un esfuerzo muy grande en todo el período transcurrido para definir

correctamente nuestra perspectiva democrática. Dijimos en el XXII Congreso, con seriedad y audacia, lo que queremos para Francia; hay que trabajar para dar a conocer mejor aún este gran proyecto... ”.

La conciencia es unas ideas, y las ideas es lo que hay que dar a conocer, es decir, extender y difundir. Conciencia, ideas, difusión de ideas. Perfecta concepción idealista de la práctica política.

¿Exagero? Veamos las afirmaciones de G. Marchais. Esta llamada a “impregnar a los trabajadores” de una “conciencia” cuyo contenido son unas “ideas” (las de la dirección), que hay que darles “a conocer” en el curso de una “batalla de ideas”, viene *después* de un pasaje muy interesante, que de hecho evoca los fenómenos del *retraso de la conciencia* en las masas.

“Tenemos que llevar a cabo nuestra lucha en unas condiciones en que la aspiración muy real al cambio por parte de una fracción de las masas, no coincide con una conciencia clara de que este cambio necesita reformas democráticas profundas en las estructuras económicas, sociales y políticas”.

¡Pues sí, la conciencia está retrasada!

“La crisis de la sociedad, las diferentes consecuencias que eso conlleva para las masas populares, no conducen automáticamente, y desde luego tampoco fácilmente, a la conciencia de las condiciones del cambio que desean y a la lucha para hacer realidad esas condiciones”.

Y he aquí la gran confesión:

“Naturalmente, la situación que padecen unos y otros [¿quiénes?] comporta también elementos que pueden favorecer el temor al cambio, el retroceso ante él. Sin duda, no siempre hemos captado este aspecto contradictorio. Y quizá hemos subestimado alguna vez la resistencia al cambio que la misma profundización de la crisis hace nacer en el corazón de las masas populares. Debemos reflexionar sobre ello”.

Esto tiene un gran interés y constituye de hecho, detrás de la extrema precaución de las palabras (“y quizá hemos subestimado alguna vez...”), un reconocimiento del carácter idealista de la polí-

tica del llamamiento a la conciencia como solución de todos los problemas.

Se puede apostar sin riesgo que varios miembros del CC se han expresado sobre este desgraciado retraso de la conciencia, que ha sido “subestimado a veces” (“quizá”, “alguna vez”...). Pero nunca lo sabremos, puesto que los debates del CC son secretos de la dirección. Incluso puede ser imaginable que alguno de los miembros del CC tuviera la valentía de decir que bajo esta “subestimación” había simplemente *un error* de la dirección que pone en cuestión directa o indirectamente su “análisis” y sus criterios de análisis. Pero si lo dijo, o mejor dicho, si lo pensó, imaginemos su situación, ya que de entrada, en su informe aprobado por unanimidad, G. Marchais le había hecho tragar su error, al declarar inapelablemente: “No hemos cometido errores”.

En cualquier caso, el propio G. Marchais dice: “Debemos reflexionar sobre ello”. Como nada sabemos de las reflexiones que este llamamiento ha podido inspirar a los miembros del CC, la invitación se dirige manifiestamente a todos los comunistas: reflexionar sobre las razones que han llevado a la dirección del partido a subestimar el retraso de la conciencia y los fenómenos contradictorios provocados en la mencionada conciencia de las masas por la profundización de la crisis. Los comunistas reflexionarán sobre ello.

Pero lo harán teniendo en cuenta el hecho de que inmediatamente después de esta llamada, G. Marchais sale de las incertidumbres evocadas (“quizá hemos subestimado alguna vez...”) con una afirmación categórica, inapelable, y manifiestamente tranquilizadora (para él):

“En todo caso, hay un hecho cierto, y es que esta toma de conciencia nunca es espontánea. Se desarrolla en el marco de una extraordinaria batalla política e ideológica, que la crisis no hace más que agudizar”.

Esta prisa por agarrarse a un seudoprincipio -“esta toma de conciencia *nunca* es espontánea”- suena excesivamente a ganas de recordar unas prerrogativas del partido sobre el movimiento obrero para señalar que es el partido (su dirección) quien detenta la conciencia verdadera, en relación a la cual la conciencia de los trabaja-

dores está a menudo *retrasada*. Veamos, por ejemplo, esta pequeña frase del comienzo del informe de G. Marchais. Está claro que se le ha escapado, pero dice terriblemente lo que quiere decir, como cualquier lapsus:

“Acaso no son miembros del partido los que ante todo deben, en sus organizaciones, confrontar sus puntos de vista y sus experiencias [...] para precisar nuestras orientaciones políticas, fijarse sus tareas, antes de ir a continuación a debatirlas en las masas –lo que es naturalmente indispensable, porque a ellas concierne lo que decimos, lo que proponemos, lo que hacemos”.

Increíble revelación: ¡tenemos que debatir sobre nuestras ideas “en las masas, *porque* a ellas *concierne* lo que nosotros decimos...”!

Uno tiembla al pensar en lo que sucedería si por casualidad (suposición menos imaginaria de lo que parece) a las masas no les “*concerniera* lo que nosotros decimos”. Estas ideas, habrá que “debatirlas”... “en las masas”, pero, ¿qué significa “debatir”? Proponérselas, discutir las, pero para *impregnarlas* (a las masas), en definitiva, para traerles desde fuera (sin que la discusión sobre la marcha produzca cambios esenciales) las ideas, es decir, “la conciencia” que les falta para dotar al Programa Común de un “poder transformador”. Lo siento, pero todo este lenguaje revela una concepción religiosa de la Verdad, que subsiste íntegra en la dirección y en muchos militantes, y una concepción de la relación entre el partido y las masas en la que es el partido (la dirección) quien detenta de pleno derecho la conciencia, con la cual hay que “impregnar” a las masas.

Es cierto que después de haber declarado que “la toma de conciencia nunca es espontánea”, G. Marchais añade:

“[ésta] se desarrolla en el marco de una extraordinaria batalla política e ideológica, que la crisis no hace más que agudizar”.

Extraordinaria batalla... ¿Por qué no hablar claramente de lucha de clases? Sin embargo, *nunca se trata de ello* en el informe, que explica desde arriba la historia de 1972 a 1978 como una batalla entre dos líneas, la de la dirección del PC y la de la dirección del PS. No se habla en absoluto de la larga batalla de las fuerzas obreras y populares, de la confianza que habían puesto en la existencia de la

unión de la izquierda, de su obstinación durante la ruptura, y de su decepción final. No se habla ni por un momento, lo cual es el colmo tratándose de la clase que ha vencido al pueblo, de *la lucha de clase de la burguesía*, de sus fuerzas, de sus recursos, de sus medios de intervención, de presión, de división, de las mil formas de dominación ideológica y de su relación con el imperialismo mundial. La burguesía no aparece en el informe más que como una fuerza oculta y diabólica que interviene para empujar al PS a la vía de la socialdemocracia.

La manera en que la lucha de clases es tratada por omisión -la lucha de la clase obrera y de la clase burguesa es tratada mediante el silencio- es muy elocuente sobre la naturaleza de los “criterios” de análisis y de las bases “teóricas” de la discusión que haya podido tener lugar. Para pretender detentar con tanta seguridad las verdades de las que los trabajadores deben “impregnarse”, es decir, la verdad de sus propios intereses, de los que deben “tomar conciencia” (y para estar convencido de que “la toma de conciencia”, que “nunca es espontánea”, puede ser el resultado de una “batalla de ideas” en la que basta con exponer ante la conciencia de los trabajadores nuestras ideas sobre la crisis y sobre las perspectivas de cambio), para ello, es preciso haber abandonado todo materialismo, toda dialéctica, y el principio elemental y fundamental del análisis concreto, que no se puede dissociar de la teoría marxista. Cuando se llega a este punto, no queda otro recurso que el de navegar entre grandes declaraciones y su contrario, es decir, su verdad: el pragmatismo cerril. Entonces, con la conciencia clara (y tranquila), cabe hacerse la pregunta de las preguntas, que pone un trazo definitivo sobre el pasado: “¿Y ahora?”.

Sin embargo, G. Marchais menciona, de paso, una pequeña palabra al hablar de la “extraordinaria batalla política e ideológica que *la crisis no hace más que agudizar*”. ¡Vaya!: “la crisis”... No está, pues, en el origen de todo, puesto que no hace más que “agudizar” (subrayemos la palabra: es por sí sola el reconocimiento, naturalmente también silenciado, de un segundo “error”). Porque si en algo hemos padecido “invocaciones verbales” insaciablemente repetidas, miles de veces, en todos los medios de comunicación, incluso en el lugar más destacado del XXII Congreso y en toda

nuestra prensa, es precisamente en el tema: “¡La crisis, la crisis, la crisis!”. No se hablaba de otra cosa, era en realidad “la crisis *del* capitalismo monopolista de Estado” [CME]. Al igual que el árbol esconde el bosque, la crisis escondía en nuestros textos oficiales la lucha de clases. Y sería divertido repetir la frase de G. Marchais, sustituyendo “la unión” por “la crisis”. Veamos:

“Ciertamente, hay que decirlo, en varias ocasiones la dirección del partido se ha visto obligada a señalar que existen, aquí y allá, camaradas comunistas que creen que los problemas de la crisis se podrían superar con la simple invocación verbal:

‘¡Crisis, crisis, crisis!’”.

En esta versión, está claro que G. Marchais da en el clavo, y en un punto sensible.

Porque si G. Marchais dice ahora, como a hurtadillas, que “la crisis *no hace más que* agudizar” la lucha de clases, efectivamente, tal como él dice, hay que “reflexionar”. Si las palabras tienen realmente un sentido, este pequeño “no hace más que” poner en cuestión nada menos que la teoría del CME y la teoría de la crisis en tanto que “crisis *del* CME” (mientras que la verdadera cuestión es la de saber si existe una crisis “global” del imperialismo, y cómo utilizarla) sobre la cual toda la política del partido se había basado hasta hoy. Por supuesto, esto significa que la dirección *se ha equivocado* en su teoría del CME y de la crisis en tanto que “crisis del CME”, con todas las consecuencias *políticas* que esto implica. No hay que contar mucho con la dirección para reconocerlo y sacar todas las consecuencias del error. Más bien ésta lo reconocerá más tarde, cuando todo el mal ya hecho se haya agravado todavía más, y cuando la distancia sea suficiente para no verse encausada, es decir, cuando tenga ante sí nuevas generaciones de adherentes. Lo “reconocerá” como “reconoce” ahora que estaba retrasada respecto al XX Congreso del PCUS, y que el XXII Congreso es todavía demasiado joven para dar verdaderamente todos sus frutos -es una forma de decir (“quizá..., alguna vez..., un poco...”) que el XXII Congreso *ha nacido con retraso*-. Pero ahora, el “retraso” ya no es el de la conciencia de las masas en relación a la conciencia de la dirección, es el retraso de la conciencia de la dirección en relación

a las exigencias de la lucha de clases.

Es una pena que G. Marchais no nos haya dicho: “y quizás hemos subestimado alguna vez” el retraso de la dirección del partido en relación a las exigencias de la lucha de clases... y no nos haya invitado a reflexionar sobre el tema.

Porque hubiéramos descubierto dos cosas. En primer lugar, que el retraso de la conciencia de las masas está ligado *también*, y en nuestro caso *sobre todo*, al retraso de la conciencia del partido respecto a las exigencias de la lucha de clases. Después, que el retraso de la conciencia de la dirección está vinculado a dos causas, que en realidad son una: el abandono de los principios marxistas del análisis concreto de las relaciones de clase, por un lado, y la influencia de la ideología burguesa sobre el partido, sobre su concepción de la teoría y sobre su propia práctica política, por el otro.

Con ello, hubiéramos podido devolver al partido a su lugar: en la lucha de clases de la formación social francesa y en su historia.

Y hubiéramos podido verificar *si efectivamente ocupa en ambos el lugar* que le corresponde a fin de intervenir en la lucha de clases y conducir la lucha de la clase obrera y popular hacia una victoria revolucionaria. O bien si, sometido a la influencia de la ideología burguesa dominante, sometido hasta en la estructura de su organización, al modelo del Estado burgués que encabeza la lucha de clase de la burguesía, *se ha apartado de las posiciones* que puedan garantizar el futuro de las luchas obreras y populares.

Aquí está el fondo del debate. De la resolución de este debate *hasta el final*, de la luz que se haga sobre las cuestiones planteadas en este debate, depende efectivamente la capacidad del partido para movilizar a sus militantes y a las masas sobre el programa de acción esbozado al final del informe de G. Marchais: bajo la reserva evidente de que el propio programa saldría transformado por este debate de fondo.

Lo que el partido espera de la dirección es que supere, si está en condiciones de tomar conciencia de esta necesidad vital, su sordera y su aislamiento, que se ponga a la escucha de las llamadas que suben de sus militantes y de las masas, y que se comprometa decididamente en un verdadero análisis marxista de sus prácticas polí-

tica y organizativa.

Cómo dejar de pensar aquí irresistiblemente en la campaña de análisis y de crítica a la que permanece vinculado el nombre de M. Thorez, y que permitió al PCF superar una grave crisis y movilizar a las masas populares en un gran movimiento histórico: “¡Basta de maniquís en el partido! ¡Que se abran las bocas!”.

10 de mayo de 1978.

1. LA ESTRATEGIA:

EL VIRAJE DISIMULADO

La derrota de la unión de la izquierda ha provocado un gran desconcierto en las masas populares y una profunda confusión en gran número de comunistas. Exceptuando una fracción “obrerista”, secretaria en realidad, que se alegra abiertamente de la ruptura con el Partido Socialista, presentándola como una victoria sobre el peligro socialdemócrata, la mayoría de los militantes se muestran sorprendidos no sólo por este grave fracaso, sino también por las condiciones de tan extraña derrota.

Hay un hecho nuevo. Al mismo tiempo que esperan explicaciones de la dirección, los militantes las buscan por su cuenta, y también por su cuenta empiezan a analizar el proceso que ha llevado a la derrota: la línea efectiva seguida por el partido, sus sobresaltos y los rasgos singulares de su práctica. Lo que piden a la dirección es la seguridad de que se respeten las condiciones materiales indispensables para el desarrollo del análisis y para la discusión de sus resultados: apertura de tribunas de libre discusión en la prensa del partido y preparación verdaderamente democrática del XXIII Congreso.

Ante este movimiento, la dirección levanta progresivamente un doble sistema de defensa: impone sus conclusiones por adelantado y canaliza la discusión para neutralizarla.

El 20 de marzo de 1978, el buró político declara: “Será necesario, naturalmente, sacar todas las enseñanzas de la batalla política que acaba de tener lugar”. Habla en futuro, como es lógico en una investigación abierta, pero lo hace para dar las conclusiones *por adelantado*.

Primera conclusión: “El partido comunista no tiene ninguna responsabilidad en la presente situación”. Fórmula que además tiene la ventaja de escudar la dirección, que ha tomado todas las decisiones, a espaldas del partido, que lo ha soportado todo.

Segunda conclusión: “La línea maestra (del partido) ha sido constante durante estos seis años”. Lo cual permite a Fiterman subrayar, en su informe del 29 de marzo, el heroísmo del partido que lucha en condiciones difíciles por una victoria perdida por culpa de los socialistas. “No hemos querido la derrota... Hay que reflexionar sobre ello, discutir y sacar las lecciones útiles. Sin embargo, puesto que los datos fundamentales son los que acabo de recordar, está claro que no teníamos otra orientación seria y responsable que la que adoptamos. *El buró político está muy firmemente convencido de ello*”.

Gracias por tan firme convicción. El buró político debe seguramente estar “muy firmemente convencido” de lo que dice para prescindir de cualquier demostración y ofrecernos de hecho “unas conclusiones sin premisas”, un juicio sin análisis. Esto es lo que da su verdadero sentido a la propuesta de la dirección: el análisis debe hacerse, pero... sobre la base de las “conclusiones sin premisas” del buró político. Y cuando G. Marchais llama a analizar la situación (*L’Humanité* del 4 de abril), porque ésta exige “discusión y reflexión”, añade que para “desarrollar esta reflexión (...) las organizaciones disponen de *importantes materiales*”. ¿Cuáles? “Se trata *principalmente* del comunicado del buró político”. El círculo se ha cerrado, el terreno está a punto: sobre la base de tan ricos materiales, la discusión podrá desarrollarse con plena libertad, o sea aprisionarse ella misma en las conclusiones presentadas de antemano.

En cuanto a la propuesta de G. Marchais: “Hay que discutir, está muy bien”, los comunistas saben lo que esto significa en *la práctica*: discutir en el *aislamiento* de las células, quizá en una conferencia de sección, pero nada más. En consecuencia no habrá un intercambio libre y generalizado de experiencias y de análisis entre militantes de diferentes sectores, entre trabajadores manuales e intelectuales, que permita fortalecer y agudizar el análisis.

Discutiréis libremente, pero a partir de las conclusiones de los “importantes documentos” y en el marco exclusivo de vuestras organizaciones (células y secciones).

He aquí la respuesta oficial a una reivindicación que viene de todas partes en el partido: apertura de tribunas libres en la prensa del

partido para facilitar estos intercambios y confrontaciones. De inmediato, la dirección ha dicho que no: *ni pensarlo*, en absoluto. Y G. Marchais incluso invocó al principio, para justificar este rechazo, una cláusula imaginaria de los estatutos: el partido sólo abre tribunas libres ante la preparación de un congreso. Sin embargo, *esta cláusula es falsa*. En los estatutos no aparece ni una sola vez la cuestión de las tribunas. G. Marchais no sólo invoca “el derecho” contra los militantes, lo cual sería difícilmente admisible en un dirigente obrero en las presentes circunstancias, sino que además... ¡se lo inventa!

Es necesario que este rechazo radical sea notorio para entender por qué hay comunistas que escriben en *Le Monde* y otras publicaciones: sucede que el diario y los semanarios de su partido les han cerrado sus páginas a instancia de la dirección. Ésta teme más que cualquier otra cosa los intercambios de experiencias y de análisis entre militantes de base. Está más que nunca en favor de la *compartimentación*, técnica número uno para acallar las reacciones de los militantes por el sistema de la delegación a tres niveles (célula-sección, sección-federación, federación-comité central).

En lo referente al sentido de la “amplia discusión” que va a desarrollarse, tras el llamamiento de G. Marchais en persona, Paul Laurent lo indica con claridad: “el fracaso del 19 de marzo exige una reflexión profunda, *a fin de determinar nuestra conducta en una nueva etapa* que se abre ante nosotros, eso es evidente”. Lo que sí es seguro y evidente es que, sobre la base de una conclusión “de la que el buró político está firmemente convencido”, el “análisis” será llamado muy rápidamente a superar el examen del pasado para orientarse enteramente hacia el futuro, “en la vía del nuevo progreso” (BP del 4 de abril). Vieja práctica dirigente, perfectamente puesta a punto en el partido: la llamada a las tareas del futuro servirá muy rápidamente para *enterrar el pasado*, sus contradicciones, sus errores y sus enigmas. En cuanto a los que persistan en los errores del pasado, se alejarán evidentemente “de la vida”, es decir “de la lucha”, o sea, “de la línea”, ¿no es así, camaradas?

Y al mismo tiempo, cuanto más se abre el futuro, más se cierra el pasado: no se trata ya del PC, sino únicamente del PS: “En la estrategia suicida y desastrosa del PS, declara perentoriamente el buró

político el 4 de abril, y *en ninguna otra parte*, reside la causa directa del hecho de que la izquierda no haya alcanzado la victoria”. Mientras los militantes reflexionan, la dirección adelanta sus conclusiones: lógicamente, la no responsabilidad del PC implica la responsabilidad del PS. Enmarcadas de tal forma entre un juicio radical sobre el pasado y las “tareas del futuro”, la reflexión y la discusión sobre el partido saben lo que les espera. Se les concederán algunos “errores”, pero para reafirmar que la línea ha sido “constante” y “justa”. Los mecanismos para encuadrar y apagar la discusión están a punto y en marcha.

I. CÓMO REFLEXIONA LA BASE

Sin embargo, entre el concepto de “reflexión” de la dirección y el método de reflexión de los militantes existe una “pequeña contradicción” que no se resolverá fácilmente.

¿Cómo se puede discutir adecuadamente sobre la base de los “documentos importantes” presentados por G. Marchais (comunicados del buró político, informe Fiterman)? ¿Se puede *iniciar la reflexión a partir de la conclusión*, saber si la responsabilidad o la no responsabilidad en que ha incurrido un partido, o la alternativa: si el PC no es responsable de nada, el PS es responsable de todo? Esta forma de pensamiento maniqueo, que además es jurídica y moral y no coincide con lo que los militantes han vivido y observado, ha durado ya bastante.

Los militantes saben que la unión de la izquierda es una necesidad y que hay que traer a esta unión a la corriente representada por el PS. Sin embargo, en el fondo siempre han desconfiado del PS, por la naturaleza heterogénea de sus militantes (viejos cuadros de la SFIO, el núcleo organizado del CERES, y muchos adherentes sin una verdadera formación política), su función de convergencia electoralista, desarmado ante las luchas de influencia arbitradas por un “jefe histórico” autoritario, que orienta el partido según sus inspiraciones personales y su mal disimulada simpatía por la Internacional socialdemócrata, sin olvidar las formas modernas de apertura a la colaboración de clases y que, de antemano, había anunciado sus intenciones: quitarle tres millones de votos al PC.

Pero no se percibe en virtud de qué “lógica” las aplastantes responsabilidades del PS agotarían el problema, y por el contrario, no harían también necesario *plantear la cuestión de las responsabilidades del PC*, sobre todo si se tiene en cuenta la estrecha ligazón de la política de éste con la del PS. Porque, en fin, analizar la responsabilidad en términos de todo o nada es confundir la dialéctica con la paranoia. *Este procedimiento tiene por otra parte efecto de boomerang*, ¿cómo explicar si no que el PC, concienciado por las declaraciones de Mitterrand en Vienne (quitarle tres millones de votos al PC) y el informe secreto de G. Marchais de junio de 1972, haya podido dar al PS el gigantesco crédito político que le proporcionó una fuerza considerable, hizo de Mitterrand el candidato único en las presidenciales de 1974, y puso a este partido en condiciones de dominar la izquierda? El buró político del 4 de abril habla de la estrategia del PS, desenmascarada por los últimos acontecimientos: habla de lo que “ha sido de hecho su estrategia desde el Programa Común de 1972”. *¿Pero quién “desde el Programa Común”, desde hace cinco años, ha dado al PS los medios de su estrategia, antes de tomar la decisión de combatirla, quién sino la dirección del PC?*

II. LOS MILITANTES QUE QUIEREN COMPRENDER

En realidad, los militantes que quieren comprender reflexionan de otra forma: como materialistas que quieren juzgar hechos dialécticamente; no según el todo o nada, sino a partir de las contradicciones. Empiezan no por una conclusión fijada de antemano, sino por el principio, analizando su propia experiencia de hombres y mujeres bien situados para escuchar a los trabajadores, sus reacciones, sus reflexiones y los efectos producidos en ellos por los sobresaltos de la línea del partido, por el estilo de las intervenciones de G. Marchais y por los resultados electorales, en general inesperados. Y, sobre “estos documentos (realmente) importantes”, intentan reflexionar como marxistas, es decir, ante todo como hombres y mujeres capaces de “pensar por sí mismos” (Marx) y reflexionar con atención sobre lo que han visto y observado en función de las relaciones de clase y sus contradicciones.

El pragmatismo y el empirismo han durado demasiado. La cuestión actual es la de saber por qué el partido no ha podido alcanzar ninguno de los objetivos que la dirección le había señalado hace cinco años. *Quieren comprender*, y saben que para ello tienen que superar los simples “hechos” (tan apreciados por Fiterman) para captar lo que Lenin llamaba “su relación interna”, que en nuestra sociedad de clases siempre pone en juego *relaciones* de clase económicas, políticas e ideológicas de una enorme complejidad, y que la dirección desprecia pura y llanamente.

Lo que puede señalar una fecha en la historia política del partido francés es que el análisis venga de esta forma espontáneamente de la base.

A pesar de todo, hay muchas posibilidades de que la dirección, apoyada en la potencia de su aparato, neutralice esta “pequeña contradicción” que opone una concepción de la “reflexión” encuadrada y controlada desde arriba, a una verdadera práctica de la “reflexión” basada en el análisis concreto de la materialidad de las contradicciones vividas por la base. Como los militantes conocen la capacidad de la dirección para silenciar las divergencias, su técnica de “recuperación” y su virtuosismo en diferir “para más adelante” (en el XXIII Congreso) la vaga promesa de unas reformas sin embargo urgentes, la dirección tiene que saber que serán muchos los que seguirán con la mayor vigilancia y el mayor interés los métodos, incluso los de apariencia más “liberal”, que va a poner en práctica para resolver la “pequeña contradicción”, es decir, para aplastar el grano de arena que puede obstruir su gigantesca máquina.

Uno de los refranes más antiguos de la práctica política dice que nunca se debe subestimar a los contrarios.

Al igual que nuestro pueblo, la mayoría de los militantes comunistas nunca se acabó de “tragar” ni el interminable debate de cifras sobre las nacionalizaciones, ni la fábula solemne y efímera de la doble barrera de porcentajes electorales (el 25 por 100 estaría bien, pero el 21 por 100 no es suficiente), ni las proclamas sobre “los ministros comunistas en el gobierno”, ni otras semejantes. Como decía el Marx del *18 Brumario*, la historia es un teatro y para com-

prenderla hay que buscar detrás de las máscaras, los jefes y los discursos, y sobre todo detrás del escenario: en los problemas políticos de la lucha de clases, sus causas y sus efectos. Si la dirección no ha querido percibir el malestar, aislada en su poder, los militantes han visto claramente por su parte que detrás de la invocación “constante” a la unión de la izquierda, detrás de las divergencias y la ruptura, y detrás de la mascarada del acuerdo del 13 de marzo, en el que el partido renunció prácticamente a todas sus posiciones, *sucedía algo extraño, grave, y que permanecía en secreto.*

En el corazón de todas las cuestiones planteadas hay efectivamente una convicción y un interrogante. *La convicción:* la estrategia del partido no ha sido siempre “constante”: sufrió una modificación temporal en el XXI Congreso, para recuperar durante el XXII Congreso su curso anterior, hasta el día siguiente al Congreso del PS en Nantes (junio de 1977), cuando fue precipitada a una línea que llevaría a la ruptura de septiembre con el PS y a la derrota. *El interrogante:* ¿por qué, en consecuencia, la dirección nunca ha dado explicaciones sobre el cambio de estrategia? ¿Tenía acaso algo que ocultar?

III. LA HIPÓTESIS MÁS VEROSÍMIL

He aquí la pregunta más importante de todas: *¿qué tenía que ocultar la dirección para callarse acerca del cambio de estrategia que impuso al partido?*

Aquí es donde aparecen las hipótesis. Proliferan. Para ir más deprisa retendré una, la más verosímil.

La dirección hubiera querido reducir la audiencia de un PS surgido prácticamente de la nada como partido, gracias a la firma del Programa Común, y que podía amenazar al partido en sus fuerzas vivas y su electorado, o incluso convertirse un día en el punto de apoyo de una mayoría giscardiana, en la tradición “socialdemócrata”. Al reducir la audiencia del PS, la dirección pretendía reforzar el partido para prevenir los riesgos de un futuro amenazador (la crisis, el peligro chiraquiano, etc.). ¿Por qué silenciar este viraje

estratégico? *Para esconder la contradicción* entre la línea del último período (*línea de combate contra el PS*) y la línea seguida desde 1972 a 1977 (*línea de colaboración estrecha con el PS*), desde la candidatura única de Mitterrand en las presidenciales (1974) hasta las cantonales (1976) y las municipales (1977).

La derrota está al final de este viraje estratégico: es un hecho. Por una simple razón: la izquierda necesitaba el apoyo de los votos “centristas” y pequeño burgueses, que sólo un PS podía atraer si consideramos el estado de abandono en que el partido había dejado esas capas. Desear la victoria de la izquierda sin querer darse los medios necesarios para ello es una ecuación irresoluble. Además, como si hubiera que añadir la farsa al drama, *la dirección del partido reconoció en la práctica la necesidad de estos medios* al día siguiente de la primera vuelta electoral, cediendo en todo ante el PS. Necesitaba los votos socialistas en la segunda vuelta para alcanzar su cuota de diputados, nada más. El 13 de marzo, en el momento preciso de la firma del “acuerdo positivo” (“¡Ya está!”, titulaba en primera página *L’Humanité*), es cuando muchos militantes del partido que hasta entonces dudaban, confirmaron brutalmente que las “divergencias” exhibidas en septiembre podían ser únicamente pretextos para encubrir las auténticas razones de las direcciones del PS y del PC.

De este modo, en esta batalla entre clases que oponía la derecha más reaccionaria y desacreditada a la voluntad de los trabajadores de todas las categorías, *el combate principal no tuvo lugar contra la derecha, sino en el seno de la izquierda, y la consolidación del partido contra la amenaza socialista fue el objetivo número uno de la dirección.*

La euforia unitaria de 1972 sufrió una primera sacudida en el XXI Congreso, después de unas elecciones parciales amenazadoras para el PC, pero se reconstruyó más tarde bajo la influencia del XXII Congreso, hasta el Congreso Socialista de Nantes (junio de 1977) en el que el PS realizó *públicamente* un “viraje a la derecha”. La dirección del PC respondió con un giro estratégico *secreto*, no explicado, antes bien disimulado en la continuidad del antiguo lenguaje. Seguir hablando el lenguaje de la vieja estrategia mientras se practica una nueva estrategia, equivale a negarse a reconocer que

ha habido un viraje estratégico y provocar efectos de increíble confusión a causa de este doble lenguaje. Literalmente, se “comprendía” una cosa y sucedía otra, y en consecuencia no se estaba en condiciones de explicarlo.

Esta parece haber sido la opción fundamental de la dirección del partido después del *público “viraje a la derecha”* del Congreso de Nantes: reforzar el partido a cualquier precio, lo que implicaba debilitar al PS a cualquier precio, y llegado el caso, a costa del sacrificio de la unión de la izquierda. La izquierda ha perdido, la dirección del partido ha ganado: pero únicamente *en la medida que el PS ha perdido sus pretensiones*. Todo lo demás (incluida la victoria de la izquierda) ha sido supeditado a esta “victoria” del PC sobre el PS.

IV. EL VIEJO REFLEJO

Esta opción fundamental fue mantenida en secreto. Resulta agradable imaginar otra dirección con bastante coraje y lucidez, y también sensibilidad ante la inteligencia de nuestro pueblo, que hubiera utilizado un lenguaje franco y abierto, capaz de explicarse ante sus militantes y los trabajadores sobre las razones profundas de su “viraje”. Era perfectamente posible hacerlo, y al actuar así la dirección habría jugado sobre seguro ante los ataques de la derecha y las vacilaciones del PS. Y el curso de los acontecimientos hubiera sido sin duda distinto. ¿Por qué, pues, esta opción fundamental fue mantenida en secreto, provocando un doble lenguaje incomprensible? Sin duda porque un cambio de línea implica forzosamente el examen crítico de la anterior, o sea, *de sus errores de orientación -y cuando se abre el capítulo de los errores, se sabe dónde se empieza pero nunca dónde se termina-* la nueva línea puede, a su vez, ser errónea, ya que la anterior lo era y nadie se había dado cuenta, y un error puede esconder otro...

No hay duda de que en esas circunstancias funcionó el viejo reflejo de la dirección: “el partido (= la dirección) siempre tiene razón”, “todo lo sucedido ha verificado nuestra línea”, “nuestra línea es justa”, “el partido ha seguido una línea constante”. No atreverse a

afrontar la realidad de cara, cuando esa realidad se llama cambio de estrategia, es un signo de debilidad: se prefiere negar (“no hemos cambiado de línea”) en vez de esforzarse por pensar qué ha sucedido. Después de todo, Georges Marchais dijo en televisión: “Voy a hacer mi autocrítica... Deberíamos haber publicado entonces mi informe secreto de 1972. No hacerlo fue oportunismo de derechas”.

Cualquier televidente llegará a la conclusión de que se impuso el mencionado oportunismo en la línea de la dirección, entre 1972 y 1975, fecha en que el informe secreto fue publicado [Pág. 46] por E. Fajon, cuando la primera polémica con los socialistas... Así que hubo una primera estrategia, después un viraje y luego una segunda estrategia. Este viraje estratégico fue escamoteado a los militantes bajo el camuflaje de un discurso único. De hecho hubo dos discursos, el de la vieja y el de la nueva estrategia, entremezclados, confundiendo: pero bajo la ficción de un único discurso, tan “constante” como la estrategia del partido. ¡A ver quién se aclara con los enigmas del doble discurso, cuando te cae de arriba y estás debajo!

V. CÓMO TRATAR EL ERROR EN POLÍTICA

De cualquier forma, entramos en este punto en la cuestión del error político y su tratamiento.

El error puede ser tratado por su negación sistemática, es decir, *suprimido* autoritariamente, en virtud del principio “el partido siempre tiene razón, su línea es siempre justa”. Este método tiene la ventaja de suprimir radicalmente la cuestión del error, pero tiene el inconveniente de dejar un residuo: los militantes que no renuncian a hablar del error. Evidentemente están en un error (otro), pero persisten. Antaño, se les expulsaba del partido. Ahora se sale al paso con la afirmación: “siempre los mismos”. G. Marchais lo dice: ya se oponían al XXII Congreso, circunstancia agravante aunque sea completamente falso. Lo esencial es que queden bien definidos como “reincidentes”, y tenerlos a la vista. Bastará poner en juego los adjetivos infamantes de intelectuales “de salón” y doctrinarios. El aparato del partido, ayudado por el obrerismo, se cerrará sobre ellos. Y ya está.

Existe sin embargo otro tratamiento del error político, el de Lenin: “Es más grave no reconocer un error que haberlo cometido”. Es el tratamiento marxista del error. El error es en este caso una señal de alarma que viene de la práctica: indica siempre una laguna, un fallo, ya sea en la estructura del pensamiento, ya en la estructura de la organización. Puede ser benigno o más serio. Si es algo serio, señal de que hay graves contradicciones que no han sido afrontadas y que prosiguen su tarea subterránea, perturbando la práctica política. Al contrario de lo que hace nuestra dirección, el error no es algo que en algún caso se concede desde arriba (“no somos perfectos, podemos equivocarnos”), para pasar rápidamente al siguiente punto del orden del día. La concepción marxista considera que lo importante *es lo que el error esconde*: las contradicciones estructurales de las que no es sino la manifestación. En tanto que “acontecimiento”, el error pasa, se puede olvidar y hacer todo lo posible para ello, o se puede pensar que los hombres tienen “la memoria corta”: pero mientras no nos enfrentemos con esas contradicciones y las dominemos, *las causas del error persisten*.

Lenin se refiere a esta persistencia cuando dice que es más grave no analizar un error que cometerlo. Porque analizar y reconocer un error, en sentido estricto, es ir, más allá de su apariencia, a la búsqueda de sus causas para enfrentarse con ellas y dominarlas. Estas causas, para cualquier militante marxista, están vinculadas a una apreciación errónea de las relaciones de clase, o de los efectos de dichas relaciones de clase, o incluso a fenómenos que aparecen en los márgenes de las relaciones de clase (la preocupante cuestión de la juventud, las mujeres, la ecología, etc.).

Esta exigencia del tratamiento marxista del error vale sobre todo para los comunistas: son conscientes de que si no dominan las causas profundas de los errores (del movimiento comunista internacional, de la línea de su partido, de su modo de funcionamiento), éstos persistirán. Lo cual significa que se manifestarán interminablemente bajo una forma u otra. ¿No sucede así constantemente con el “estalinismo”, con las extrañas “relaciones sociales” de la URSS, con la estructura y la práctica del partido? Como nadie ha analizado verdaderamente las causas, constatamos que *sus efectos se repiten*. No, no son “siempre los mismos” los que critican los errores:

sino que son siempre las mismas causas, no criticadas, las que producen y reproducen constantemente los mismos errores.

Hay que reafirmar esta exigencia marxista, puesto que la dirección ha tomado ya sus medidas. Hablará de errores, incluso dará por cuenta propia algunos ejemplos de errores a los militantes, como prueba de su espíritu de independencia. Pero serán siempre errores tácticos, localizados, que no afectarán en modo alguno a la línea permanentemente definida como justa. Los militantes que saben de qué va seguirán con interés este método de concesiones verbales, con el que se intercambian vanas palabras.

2. LA ORGANIZACIÓN:

UNA MÁQUINA PARA DOMINAR

Está naciendo una doble exigencia en muchos militantes: ver claro tanto en la línea política como en el funcionamiento del partido; no sólo entre los intelectuales, sino también, y con la misma fuerza, entre los militantes obreros de las grandes empresas.

Porque no hay duda, los militantes no estaban en el secreto de los dioses. Esto viene de lejos, ya que el acuerdo de 1972 fue negociado y firmado “en la cumbre”, y la política de unión, más que una política de *unión popular*, ha sido siempre una política de *unidad entre formaciones políticas*, gestionada por sus direcciones respectivas. Después del XXII Congreso, cuando se pusieron serias las cosas, los militantes tuvieron la impresión, terriblemente reforzada en los últimos meses, de que el XXII Congreso era arrinconado y de que todo lo que prometía respecto a la democracia y libertad se sacrificaba en aras del pragmatismo y del autoritarismo de la dirección. *Ya nada circulaba de abajo arriba: todo venía de arriba.*

¡Si por lo menos hubiera habido alguna coherencia y claridad en los mensajes del buró político y del comité central, o en las exhortaciones de G. Marchais en la televisión! No: se vaticinaba incesantemente la victoria de la izquierda, pero las consignas cambiaban o se volvían perfectamente incomprensibles. ¿Qué pretendía significar, por ejemplo, la patética y ridícula llamada de socorro -“¡Ayudadnos!”- del 23 de septiembre, que cubría de punta a punta el titular de *L’Humanité*? ¿Qué se puede hacer con una llamada de auxilio cuando no se sabe exactamente a quién se dirige (a los militantes, a los electores comunistas, al pueblo de Francia)? ¿Quién está en peligro (el partido, la unión de la izquierda)? ¿*Qué le ha sucedido a este alguien*? La dirección quizá juzgó oportuno lanzar una llamada “movilizadora”: en la base, todo el mundo se miró en silencio.

I. LA ÉPOCA DE LOS GRANDES LANZAMIENTOS

En cuanto a las consignas fundamentales, fueron cayendo desde arriba una tras otra. Fue la época de los grandes lanzamientos en paracaídas. Y cuando los militantes abrieron los envoltorios no dieron crédito ni a sus ojos ni a su memoria: ¡se les exigía simplemente abandonar los objetivos por los que habían luchado durante años, y se daba un giro de 180 grados! Veamos. De arriba llegó la noticia del giro vertiginoso sobre la fuerza nuclear, el cambio de postura en materia de política europea, la reducción de la escala de salarios de 1 a 5, y la entrada en nuestra doctrina de la noción de autogestión, antaño detestable.

De la noche a la mañana, sin haber sido ni consultados ni prevenidos, los militantes que luchaban desde hace años *¡eran puestos en evidencia desde la retaguardia por su propia dirección!* Y si la dirección creía salir del atolladero revelando que unos “especialistas” (por consiguiente, también militares de alta graduación) habían “trabajado durante dos años sobre el tema de la fuerza nuclear”, es que realmente no tiene ni idea de lo que los militantes puedan pensar de los “especialistas”, cuyos talentos conocen directamente a través de la división del trabajo y de la explotación. Se ponía sin disimulo a los militantes ante el hecho consumado de la decisión adoptada: la actuación del Príncipe. Sin embargo, todas estas cuestiones, que preocupaban a los militantes, se hubieran podido discutir en el XXII Congreso. Pero no, fueron tratadas en las alturas, por la gracia del Estado, autoritariamente y sin consulta ninguna, y fuera del Congreso. Generosos y confiados, los militantes pueden olvidar muchas cosas. Pero cuando se les trata como peones, para llevarlos a la derrota en una lucha a la que se han entregado en cuerpo y alma, entonces quieren saber.

II. LOS MILITANTES, EN UNA SITUACIÓN IMPOSIBLE

Y sin embargo son ellos, los militantes, los que han soportado en la base el peso de la campaña, sus giros de 180 grados, los misterios de la línea, sus sobresaltos y brusquedades. Han tenido que rendir

cuentas, en las empresas, en los barrios y en los pueblos, de las decisiones incomprensibles o que alteraban todos los datos anteriores. No sólo se les ha puesto ante una situación absolutamente insostenible al obligarles a defender la fuerza nuclear, Europa, el abanico salarial de 1 a 5, etc., sino que además se les han tendido otras trampas, como la campaña lanzada desde la dirección “en favor de los pobres”, inevitablemente vinculada a la consigna: “Que paguen los ricos”. Pero la clase obrera, incluyendo los tres millones de inmigrados y los trabajadores que cobran el Salario Mínimo Interprofesional, no se reconoce espontáneamente en la “pobreza”, noción decimonónica y que tiene una sobrecarga de filantropía o de caridad: una de las conquistas del movimiento obrero es la de haber ayudado a los trabajadores a pensarse a sí mismos no en tanto que “pobres”, sino como *trabajadores productivos explotados*.

¿Acaso la dirección ha analizado la cuestión de *qué es un rico*? ¿A partir de qué nivel de ingresos o de patrimonio se es rico? Porque anteriormente (véase el XXII Congreso), aparte de seiscientos mil individuos, el conjunto de la población francesa (rica o pobre) era declarada víctima de los monopolios... ¿Cómo aclararse ante tamaña improvisación, que *pone de repente a los pobres en primer plano sin definir la riqueza*? Era una manera gratuita e inútil de asustar a los asalariados de tipo medio, sin que los más desfavorecidos se sintieran realmente concernidos por esta iniciativa espectacular. Y por si fuera poco, ¿qué importaba a los militantes la famosa cuestión de “el 25 por 100 (de los votos) estaría bien, el 21 por 100 no sería suficiente”? ¿De qué se trataba? ¿De una consigna, para quién? ¿De una profecía? ¿De un chantaje velado? ¿O simplemente de soñar despiertos? Nadie entendió ni una palabra.

Son los militantes los que tratan directamente a la gente del pueblo y los que verdaderamente le “toman el pulso”, y no en el ámbito de un mítin gigantesco, en el que Georges Marchais sabe de antemano que tiene el éxito asegurado, sino en el trabajo y en la vida, considerando sus problemas, sus penas, sus esperanzas y sus temores. Ellos pueden dar testimonio de la confianza profunda y emocionante de los trabajadores, no tanto en el Programa Común, demasiado largo y técnico, sorprendentemente frío, como en *la existencia de*

la unión de la izquierda. Esta confianza les viene de lejos: de una memoria histórica en la que no sólo está la fraternidad del Frente Popular, sino también el recuerdo de todas las revoluciones obreras, siempre aplastadas, a lo largo de la historia de Francia desde 1848, pasando por la Comuna y por las grandes luchas históricas que siguieron a la primera guerra mundial, así como las inmensas aspiraciones sociales que acompañaron las luchas de la Resistencia.

III. POR FIN, LA ESPERANZA AL ALCANCE DE LA MANO

Ahora, por fin, después de un siglo y medio de derrotas, de progresos dolorosos pero sin verdadera liberación, la esperanza está ahí, y la victoria parece segura, al alcance de la mano. ¿Se es consciente de lo que esto significa: *la posibilidad, la certeza casi absoluta, por primera vez en la historia, de vencer y romper con una tradición secular?* Esta confianza en la unidad, garantía de la victoria, se ha mantenido, tenaz, testaruda y profundamente enraizada en la rebelión contra la explotación y la opresión de cada día, a pesar de la ruptura de la unión. ¿Comprendemos acaso lo que esta confianza implica de inteligencia histórica y de madurez política, cuando sabemos que ha tenido que superar el estupor que se apoderó de los trabajadores ante la brutalidad de la ruptura, y sin que nadie se haya preocupado aparentemente de los efectos desmovilizadores y de desmoralización que ésta iba a provocar a medio plazo?

Son esos mismos militantes los que pudieron comprobar que, por muy fundamentada que estuviese, la campaña contra el PS, tal como fue llevada, “no pasaba” salvo para los sectarios, y en cambio desanimaba por completo a todos los de buena voluntad. También pueden dar testimonio de que, pasado el primer impulso de partido, después del 22 de septiembre, las reuniones de célula se veían cada vez más desiertas y la actividad militante bajaba, de modo que toda la política acabó por concentrarse en una gigantesca campaña de adhesiones y en los “espectáculos” de G. Marchais en la televisión. (Toda Francia seguía sus actuaciones, por su talento, y el Estado burgués, más listo de lo que muchos creen, sacaba partido dando

facilidades para que apareciera en todos los medios informativos, oficiales o privados.)

¿Quién puede pretender que todo eso son anécdotas? Entre el monopolio de Georges Marchais en la televisión, el lanzamiento de consignas que cambiaban totalmente las posiciones de lucha del partido, la elaboración de los temas no por los militantes o los congresos, sino por “especialistas” de la dirección o gente adicta, y, por otro lado, el secreto sobre el cambio de estrategia y sus motivaciones, existe evidentemente una relación profunda.

La dirección se ha visto obligada a revelar dos de sus secretos: el informe de Georges Marchais ante el comité central de junio de 1972,¹ y el nivel de concesiones posibles al PS después del 22 de septiembre (informe de Fiterman). Se resignó a revelarlos porque era necesario para dar una apariencia de continuidad a sus posiciones, para demostrar que no se había producido ningún cambio de estrategia. Pero la dirección sólo ha publicado lo que ha querido, y se guarda lo demás. Y se puede apostar a ciegas que si los militantes no intervienen, para cambiar estas prácticas, continuará callándose lo esencial. Por supuesto, sobre los resultados electorales dará las famosas explicaciones tradicionales: politología, demografía, desplazamiento de población, sociología electoral, detallados cálculos sobre lo que se pierde aquí y se gana allá, y lo que haga falta. ¿Irá acaso más lejos, no en el análisis superficial de los resultados electorales, sino en lo esencial: *el análisis político de su cambio de línea y su posterior escamoteo*? Tal como están las cosas, es prácticamente impensable.

Que la dirección se calle sobre la cuestión de fondo entra, por desgracia, en sus costumbres. Entra orgánicamente en sus costumbres, ancladas en toda la tradición estalinista que sobrevive en el aparato del partido. La gran esperanza suscitada por el XXII Congreso, a pesar de sus insuficiencias y contradicciones, era terminar por fin con esta tradición autocrática. Pero hubo que desengañarse. La libertad de discusión en la base era ya una realidad antes del XXII Congreso, que no alteró en absoluto las prácticas de la dirección. Porque el aparato había hecho ya el descubrimiento, tan viejo como

¹ Publicado tan sólo tres años después, en julio de 1975.

el mundo burgués, de que podía permitirse el lujo de dejar discutir libremente a los militantes en sus células, sin exclusiones ni sanciones, puesto que la discusión no tenía consecuencia ninguna. De hecho, las verdaderas discusiones y decisiones secretas siempre tienen lugar más allá del tope de las federaciones, en el buró político y el secretariado, o mejor dicho en un pequeño grupo no definido en los estatutos, que incluye al secretariado, una parte del buró político y algunos “expertos” o colaboradores del comité central. En él se toman las verdaderas decisiones, que el buró político da a conocer y que el comité central confirma como un solo hombre porque está, o cree estar, en el secreto o, al menos, cerca de la verdad y el poder.

IV. UN MODO DE FUNCIONAMIENTO QUE HAY QUE CAMBIAR COMPLETAMENTE

Muchos militantes dicen que *“no se puede seguir así”* y que es preciso denunciar y cambiar completamente el modo de funcionamiento de esta *“máquina”* que constituye el partido: no sólo por ellos mismos, por la libertad de los militantes, es decir, por el partido (porque el partido son los militantes), sino por las masas trabajadoras de Francia, que no pueden vencer en la lucha de clases sin el PC, pero que tampoco pueden hacerlo con *este* partido comunista, *tal como es*.

Estos mismos militantes no quieren que el partido sea “un partido como los demás”, saben muy bien lo que son “los demás”, los partidos burgueses oligárquicos en los que existe un dominio único de una casta de profesionales, expertos e intelectuales estrechamente ligados a la alta administración del Estado.

Piensan que se necesita un partido revolucionario de la lucha de clases de los explotados, creen que es necesario una dirección, con responsables y permanentes del partido, creen que el centralismo democrático puede y debe ser conservado, a condición de cambiar profundamente sus reglas y, más aún, su práctica, no sólo el derecho, sino lo que decide el contenido de todo derecho: la vida y la práctica políticas del partido.

Y ya que estamos en el núcleo del problema, el partido, debemos evitar una tentación. Para entender el funcionamiento del partido, tenemos efectivamente la obligación de exponer su mecanismo *en sí mismo*, y por consiguiente, analizar aquí el lugar específico del partido francés en la historia de las luchas de clases del pueblo de Francia y del movimiento comunista internacional. En efecto, detrás del mecanismo que vamos a evocar a grandes rasgos, hay *una historia específica*: la de las formas específicas de las luchas de clases burguesa y obrera en Francia, que han convertido al partido en lo que es, marcándolo con rasgos particulares y asignándole un lugar claramente definido en la sociedad francesa.

Escribir la historia del partido es una tarea política. Conociendo la realidad de su dirección, nadie se sorprenderá de que el partido, al igual que el PC de la URSS, haya sido *incapaz* de escribir su propia historia: no puede soportar mirarla cara a cara, porque se vería obligado a reconocer errores o cosas peores, que por nada en el mundo quisiera revelar.

V. UN PARTIDO CALCADO DEL APARATO DE ESTADO Y DEL APARATO MILITAR

Hechas estas observaciones, ¿qué es el partido?

He empleado deliberadamente la palabra “máquina” porque es el término de Marx y Lenin sobre el Estado. De hecho, todo el mundo puede hacer esta sorprendente constatación: el partido no es evidentemente un Estado en sentido estricto, pero todo sucede como si su estructura y su funcionamiento jerárquico estuvieran rigurosamente calcados a la vez del aparato de Estado parlamentario burgués y del aparato militar.

He aquí el aspecto parlamentario del partido. En un extremo se encuentra la masa de militantes, que discuten libremente en sus células y secciones. Es el “pueblo soberano”: pero esto se acaba cuando se llega al techo de los secretariados de federación, dirigidos por permanentes. Aquí es donde se produce la ruptura y el aparato adquiere preponderancia sobre la base. Aquí las cosas se po-

nen serias (para la dirección). Si la voluntad popular de la base se expresa en las elecciones, lo hace a través de formas ultrarreaccionarias (escrutinio mayoritario a tres vueltas para el congreso) y bajo la vigilancia estrecha de las “comisiones de candidaturas”, estatutarias en lo referente a las elecciones de los “responsables”, pero *ilegalmente extendidas a las elecciones de los delegados al congreso*.

Estas elecciones producen la jerarquía de los responsables: miembros de los comités y burós de sección, federación, comité central, encabezados por el buró político y su secretariado. Se supone que el comité central, elegido por los delegados de federación escogidos cuidadosamente, es el órgano soberano del partido, su legislativo y ejecutivo. En la práctica, este órgano soberano sirve más como caja de resonancia de las decisiones de la dirección y como garantía de su aplicación, que para proponer cualquier novedad. Nunca se ha sabido de una iniciativa del comité central. En la práctica, el comité central es más bien órgano ejecutivo de la dirección que legislativo: desde este punto de vista, es una especie de *asamblea general de gobernadores civiles* que la dirección envía y utiliza en toda Francia para supervisar y controlar de cerca a las federaciones, para designar los secretarios de federación y para resolver cuestiones delicadas.

La dirección no sólo se apoya en los miembros del comité central, sino también en la enorme fuerza, a veces oculta, de los funcionarios de toda índole, permanentes y colaboradores del comité central, esos desconocidos no elegidos, reclutados sobre la base de la competencia o del clientelismo, siempre por cooptación; sin olvidar a los especialistas de todo tipo.

Y aquí está el aspecto militar del partido. Todo lo dicho sería incompleto si se dejara a un lado el principio fundamental de la *compartimentación vertical absoluta*, que recuerda a la estructura similar de la jerarquía militar. Esta compartimentación tiene un doble efecto. Por un lado encierra a cualquier militante de base en la estrecha columna ascendente que va de su célula a la sección, y más allá, a la federación y al comité central. Esta “circulación ascenden-

te” está controlada por los permanentes responsables, que filtran cuidadosamente las aportaciones de la base en función de las decisiones de la cumbre. Por otro lado, el militante de base no puede mantener ningún contacto con militantes de ninguna otra célula, pertenecientes a otra columna ascendente, si no es en las conferencias de sección y de federación, en caso de que sea delegado. Cualquier tentativa de establecer una “relación horizontal” sigue estando considerada como “fraccional”. Finalmente, si la “circulación ascendente” se interrumpe a nivel de federación, sin cuyo acuerdo nunca llega a la cumbre, la “circulación descendente” no tropieza por el contrario con ningún obstáculo en la misma columna: todas las órdenes de la dirección llegan a la base.

Se puede pensar que se está, efectivamente, en una formación militar, donde la eficacia operativa implica simultáneamente el mando absoluto y el secreto, y también una compartimentación tajante de las unidades implicadas en el combate. Esta comparación no tiene nada de insultante. Recuerda los tiempos en que el partido tuvo que recurrir a formas de organización y de seguridad de tipo militar para defenderse y actuar: la clandestinidad del partido de Lenin, la del partido durante la Resistencia, etc. Si las condiciones de entonces justificaban estas medidas, las condiciones actuales las hacen caducas, anacrónicas y esterilizantes: no sólo para los militantes, sino también para las masas y, en definitiva, para los propios responsables.

VI. EL MODO DE FUNCIONAMIENTO BURGUES DE LA POLÍTICA

Al combinar así el modelo militar de compartimentación con el modelo de democracia parlamentaria, el partido no puede dejar de reproducir, reforzándolo, *el modo de funcionamiento burgués de la política*. Del modelo parlamentario saca una ventaja sobradamente conocida: del mismo modo que la burguesía consigue hacer reproducir sus formas de dominación política por libres “ciudadanos”, la dirección del partido consigue hacer reproducir las suyas por los militantes. Y del modelo militar de compartimentación saca, entre otras, una ventaja nada despreciable: conseguir hacer pasar la coop-

tación de los responsables como elección, porque tras la apariencia de la “elección por votación secreta” *lo que decide la elección de la mayoría de los responsables es la cooptación*, exceptuando el caso de las células. Con esta combinación no sólo se consigue la reproducción de la forma de dominación política de la dirección, sino, *además, la del propio cuerpo de la dirección*. En efecto, el estrecho margen en que se mueve la reproducción de los dirigentes les hace prácticamente inamovibles, sean cuales fueren sus fracasos o incluso, a veces, su bancarrota política (véase la línea de “legalización” a cualquier precio en el otoño de 1940). En estas condiciones, el “juego” de la democracia en el partido culmina, al igual que en el Estado burgués, en el milagro de la transubstanciación: así como la voluntad popular se transforma en poder de la clase dominante, la voluntad de la base del partido se transforma en poder de la dirección.

¿Ha reflexionado alguien sobre el siguiente hecho? La contrapartida del mecanismo que reproduce a la dirección, permitiéndole permanecer, inamovible, a través de todos los giros estratégicos y tácticos, así como de los errores, es *la pérdida de militantes*, una hemorragia perpetua y una constante sustitución por “nuevas generaciones” que no han conocido las batallas y vicisitudes de hacer cinco, diez o veinte años, y que se lanzan a su vez a la lucha partiendo de su confianza en “teorías”, consignas o promesas, para “quemarse” en pocos años. Y a pesar de que hay núcleos estables de adherentes, particularmente en los barrios, pueblos y ciudades, la adhesión provisional y el abandono dominan en la *mayoría* de los casos.

¿Por qué hay tantos antiguos comunistas, más numerosos que los efectivos (incluso oficiales) del partido? ¿Por qué tantos militantes inscritos en el partido han renunciado a la militancia activa? ¿Por qué generaciones enteras de comunistas forjados en las luchas (Resistencia, guerra fría, Vietnam, Argelia, 1968, etc.) no están presentes en el partido, tanto a nivel de actividad como de responsabilidades? El partido, por su parte, en tanto que pequeño “aparato de Estado”, ha dado con la solución del famoso problema al que Brecht aludía, después de los tumultos sangrientos de Berlín:

“¿El pueblo ha perdido la confianza en sus dirigentes? ¡Basta con

elegir otro pueblo!”.

Periódicamente, de campaña de afiliación en campaña de afiliación, la dirección “elige” un nuevo “pueblo”, es decir, otra base; es decir, otros militantes. Pero la dirección permanece en el mismo sitio.

VII. UN PACTO ENTRE LOS DIRIGENTES

A fin de dar fundamento jurídico a su reproducción, la dirección ha desenterrado recientemente un tema de gran envergadura moral: el de *la dirección colectiva*, lo que además le ha permitido en los últimos años evitar las purgas periódicas de antaño (los “casos” Marty-Tillon, Lecoœur, Servin-Casanova, etc.). La dirección colectiva aparece decididamente como antítesis del “culto a la personalidad”. ¿Qué sucede en realidad? El tema de la dirección colectiva cubre, de hecho, un pacto que liga a los dirigentes entre sí, les separa del cuerpo de militantes y contribuye a perpetuar su poder. Los dirigentes están así atados por la “solidaridad” del poder. En definitiva esto significa que nada de lo que ocurre en el buró político y en el secretariado (o mejor dicho en el pequeño grupo de dirigentes) será conocido por nadie, a menos que el mencionado grupo decida lo contrario. Dicho en otras palabras: nadie podrá jamás captar en las palabras de un dirigente algún matiz que le distinga de los demás -situación impensable en Italia desde hace mucho tiempo-. Las diferencias o las divergencias se resuelven bajo la ley de la discreción absoluta, y queda claro de antemano que cualquier “minoritario” hará la política de los demás, y sin ninguna reticencia pública (Georges Marchais ha dado alguna vez la impresión de hablar en contra de sus convicciones íntimas).

Puestas así las cosas, el fin de toda responsabilidad personal objetiva, la negación del reconocimiento de cualquier contradicción y el mutismo acordado en la cumbre aparecen como *la perfección misma de la unidad de la dirección*. La tan alabada dirección colectiva es el reconocimiento de estar en posesión exclusiva del Poder y de la Verdad por parte de esos pocos “personajes en la sombra” que pudimos ver en televisión la noche de la primera vuelta de las elec-

ciones, en silencio y con expresión burlona detrás de Georges Marchais. *Con expresión burlona* porque *sabían* lo que iba a suceder. En silencio, porque el silencio sella el pacto de la dirección colectiva. Se puede callar cuando se tiene el poder y el saber. El silencio se convierte en ese caso en la frontera que separa a los hombres: de un lado, los que tratan a los demás con el silencio, porque ostentan el poder y el saber; del otro, los que se quedan en el silencio, porque no tienen ni una cosa ni otra. Estos “personajes en la sombra” estaban tan identificados con su función, que ni siquiera tuvieron el presentimiento de que tan alucinante comedia podía no sólo asustar a muchos, sino además contrariar la sensibilidad y el sentido de libertad y dignidad de los trabajadores... Nadie puede pensar que esta “escena”, esta “puesta en escena”, sea casual: es el síntoma espectacular que pone de relieve el nivel de inconsciencia alcanzado por la dirección en la manipulación de los militantes y los trabajadores.

Esta máquina de dominación, control y manipulación de los militantes jamás se ha visto tan bien reflejada en su trabajo como a través del *tipo de militante* que, literalmente, *produce* a modo de resultado específico e insustituible: *el permanente vitalicio*, atado al partido por una ley férrea que exige incondicionalidad a cambio del sustento. Un sustento al que no puede renunciar, porque el permanente (a menudo reclutado en las Juventudes o en la Unión de Estudiantes Comunistas) o bien no tiene ninguna cualificación laboral o, en caso de tenerla, ha perdido su práctica. Y en la mayoría de los casos, ni siquiera se beneficia de un contacto real con las masas, puesto que dedica su tiempo a controlarlas. ¡Menudo consuelo y mixtificación, escribir en su cartilla electoral “campesino”, “empleado de correos”, “metalúrgico”, etc., cuando desde hace veinte o treinta años ha cambiado la condición de obrero por la de intelectual funcionarizado más o menos “responsable”! Existen diversos tipos de permanente, y hay una diferencia abismal entre los permanentes funcionarios del comité central o de las federaciones y el permanente que vive en contacto real con la base. Pero en la mayoría de los casos se crea una situación dramática, que sólo se puede vivir y soportar, en unas condiciones en las que no se dan ni las compensaciones del poder superior ni la riqueza del contacto

con la base, esforzándose denodadamente en sublimar la sinrazón del partido -que el permanente está bien situado para conocer de cerca-, a condición de callarse o de resignarse. Ser fiel y sumiso, por conformismo o por necesidad, a menos de ser un iluminado incondicional, es cuanto le queda de libertad al permanente: nada, si no está en condiciones de vincularse con la base y es bastante comunista para querer hacerlo.

3.

LA IDEOLOGÍA DEL PARTIDO

Ya que se trata de “máquina” y de Estado, es preciso hablar también de ideología. Porque hace falta una ideología para “cementar” (Gramsci) la unidad del partido.

Por un lado esta ideología descansa en una emocionante confianza de los militantes en sus dirigentes, que encarnan para ellos la unidad y la voluntad del partido, heredero de la tradición revolucionaria nacional e internacional. Y, detrás de esta confianza, existe generalmente un vínculo de clase que se expresa en los trabajadores por el fin del aislamiento, la fraternidad de estar todos juntos en la lucha y no padeciendo la explotación, el orgullo de que el partido exista en tanto que conquista de las luchas de la clase obrera, y de que esté dirigido por trabajadores como ellos, la seguridad que da esa dirección de clase, etc.

Pero existen también versiones pervertidas de esa confianza, que hacen abstracción de la historia y que se expresan a través de una adhesión total y acrítica, incluso en el caso límite por el deseo de que la dirección piense por los adherentes y en su lugar; esta abdicación produce en el partido una categoría de sectarios ciegos que acaban por no tener otro reflejo que el de poner toda su pasión, toda su entrega, al servicio de la dirección y de su defensa en todos los ámbitos (“el partido -o sea, la dirección- tiene siempre razón”).

Esta especie de confianza ciega, naturalmente, es apta para todas las tareas ingratas, pero también para todas las responsabilidades. La dirección la emplea con generosidad, recompensando de este modo su sumisión, pero reforzando en la práctica el conservadurismo más cerril.

Por otro lado y paralelamente, se da *la explotación de esta confianza* por medio de una ideología cuidadosamente formada y modelada por la dirección y sus funcionarios. Esta ideología de partido tiene la función de identificar la unidad del partido con su dirección, y con la línea definida por esta dirección. Contrariamente a lo

que se podría pensar, no tiene nada de espontánea. Es la ideología que conviene exactamente a la práctica del partido y que la justifica.

Hemos llegado a un punto decisivo para entender lo que sucede en el partido.

En la teoría y en la tradición marxistas, ni la unidad del partido ni el propio partido constituyen un fin en sí mismo. *El partido es la organización provisional de la lucha de la clase obrera*. No existe más que para servir a esta lucha de clase y su unidad sólo se justifica al servicio de su acción. Por eso no puede bastarnos sólo la unidad: antes hay que saber *qué tipo de unidad* produce este “cemento” ideológico.

Si el partido está paralizado y esclerotizado, su unidad podrá ser todo lo aparentemente perfecta que se quiera, porque mientras sea formal e inútil el partido estará “cementado”, es decir, *paralizado* por una ideología esclerotizada e inmóvil. Si el partido está vivo, su unidad será contradictoria, y el partido estará unificado por una ideología viva, que será forzosamente contradictoria, pero abierta y fecunda. Sin embargo, ¿qué hace que un partido sea vivo? *Su relación viva con las masas*, con sus luchas, sus descubrimientos y sus problemas, en el seno de las grandes tendencias que atraviesan la lucha de clases: hacia la sobreexplotación, o hacia la liberación de los explotados.

Se ve inmediatamente que la cuestión de la ideología del partido es un problema particularmente complejo. Porque no sólo pone en cuestión la confianza de los militantes y la unidad (más o menos formal) del partido, sino además, y sobre todo, la relación del partido con las masas. Y esta última relación adquiere una doble forma: *la forma de la práctica política* del partido, su estilo de dirección y de acción en la organización y en la orientación de la lucha de masas; y *la forma de la teoría* del partido, indispensable para reflexionar sobre las experiencias de la práctica política y situarlas en la perspectiva de las tendencias contradictorias de la lucha de clases.

I. LA ERA DE LAS VULGARIDADES OFICIALES

Así, la ideología del partido es una especie de resumen en el que se puede constatar el estado de la unidad del partido y de su relación con las masas y con la teoría.

¿Hace falta repetir hasta qué punto el estado de la teoría marxista es lamentable en el partido francés? El partido no sólo heredó la vieja tradición obrera francesa, que nunca quiso oír hablar demasiado de teoría, sino que después de los esfuerzos teóricos meritorios de Maurice Thorez antes de la guerra, se subió al carro del estalinismo y entró, con sus propias aportaciones, en la era de las vulgaridades oficiales, que convertían a la teoría marxista, dogma de Estado internacional, en un positivismo evolucionista, y al materialismo dialéctico en “la ciencia de las ciencias”.

La teoría marxista, que no gozaba de excesiva vitalidad en el partido, no se ha levantado de esta servidumbre voluntaria. Y como lo que se produce *oficialmente* en la URSS no tiene otro efecto que el de asfixiar la teoría marxista, todos aquellos que han intentado en los últimos veinte años en Francia chapucear sobre los productos soviéticos han contribuido a liquidar por completo lo que nos quedaba de teoría marxista. Basta consultar los programas de las escuelas del partido: exceptuando a algunas individualidades, que si piensan por sí mismas e investigan es gracias a su valentía, hemos alcanzado en el partido el punto cero de la teoría marxista. Ha desaparecido, encubierta bajo otra cosa.

Y nada deja entrever que la dirección del partido se preocupe por ello. El hecho de que el marxismo esté en crisis en todo el mundo deja a la dirección tan fría como la realidad mundial de la crisis económica durante los años del Programa Común. Como la deja indiferente el que la crisis del marxismo adopte en Francia la forma de la desaparición de la teoría marxista en el seno del partido comunista. El abandono de la teoría marxista implica con certeza la ceguera teórica, y, en consecuencia, la ceguera política (porque la teoría es altamente política): acabamos de experimentarlo en los últimos años, hasta el 19 de marzo. ¿La dirección no se da cuenta?

La dirección se consuela con facilidad. Porque el partido tiene una

“teoría”, una “teoría” propia: la “teoría” llamada del capitalismo monopolista de Estado (CME), que es la versión francesa (reforzada por las tesis de P. Boccara sobre la sobreacumulación/ desvalorización del capital) de la teoría soviética del capitalismo monopolista de Estado. Tiene tal alcance (teórico) que aparece publicada bajo el título, cargado de significado tratándose de una disciplina de la que Marx hizo “la crítica”, de “Tratado marxista de *economía política*”. El hecho de que sea poco apreciada, incluso abiertamente desdeñada, por importantes partidos hermanos como el italiano, importa poco: es *nuestra* teoría. Y la prueba de ello es que ha sido fabricada, por orden de nuestra dirección, por *nuestra* sección económica “vinculada al Comité Central”, por supuesto depurada de antemano de todos los que no estaban de acuerdo.

¡Una teoría por encargo! ¿Y por qué no, después de todo? No pocas grandes obras musicales fueron hechas por encargo. Y, por otra parte, hay cosas interesantes en el *Tratado*, que *describe* correctamente algunos fenómenos. Pero en conjunto este trabajo gigantesco era apologético, o, dicho en otras palabras, tenía que demostrar *una conclusión que existía de antemano* bajo su forma política, anterior a su demostración “económica”. A grandes trazos, se trataba de adosar, a modo de garantía teórica, la política antimonopolista del Programa Común al CME. Esquematizo, pero no ando lejos de la verdad.

Conocemos las dos conclusiones principales de este trabajo: 1) hemos entrado en una fase que es la “antecámara del socialismo”, en la que la concentración monopolista impregna el Estado, que forma con ella “un mecanismo único”; 2) Francia está dominada por “un puñado de monopolistas” y sus lacayos.

Las conclusiones *políticas* de ambas tesis son claras:

1) la antecámara del socialismo y el “mecanismo único” Estado-monopolios *cambian la cuestión del Estado*. El Estado reviste tendencialmente una forma que lo hace directamente utilizable por el poder popular, ya no se trata, pues, de “destruirlo”, y en el horizonte de este razonamiento se perfila ya “el abandono de la dictadura del proletariado”;

2) si el Estado está prácticamente listo, también están ahí casi a

punto las fuerzas para ocuparlo, porque frente al “puñado de monopolistas” está *toda Francia*, víctima de los monopolios. Al margen de una reducida camarilla (ampliada ulteriormente a 600.000 “grandes burgueses”), todos los franceses están *objetivamente interesados* en la supresión de los monopolios.

Esta noción de *interés objetivo* es en sí misma una pequeña maravilla teórico/política. Porque, ¿qué es lo que distingue el interés objetivo de su realización? Nada menos que *la conciencia*. Pensábamos, en tanto que marxistas atrasados, que dicha realización podría pasar por algo así como la lucha de clases y sus complicaciones (intervenciones del Estado burgués, influencia de la ideología dominante, concesiones de la burguesía, etc.). No, sólo pasa por la conciencia. Muy bien, ¡basta con despertarla! Como todo el mundo sabe desde Kautsky, la conciencia no viene de dentro, *viene de fuera*. En consecuencia, vamos a desperezar y despertar la conciencia desde fuera, a golpe de propaganda, prensa y medios de comunicación de masas: “Estáis *objetivamente* interesados en luchar contra el puñado de monopolios que os explota: *¡tomad conciencia de ello*, actuad en consecuencia y asunto concluido!”. No hay motivo alguno para dudar del éxito: ¿quién dudaría a la vez de la omnipotencia del interés objetivo y de la omnipotencia de las ideas sobre la conciencia? ¿Cómo se puede ser tan vulgarmente materialista?

El destino reservado a la teoría marxista en el partido no ha llegado aún a sus últimas consecuencias. Así, quien dice abandono de la teoría marxista, dice también abandono del *análisis concreto*. Esta afirmación puede parecer curiosa a aquellos que tienen una noción *abstracta* de la teoría marxista, y por ello la oponen decididamente a la idea del *análisis concreto*. Sin embargo, para Marx y Lenin (“la esencia viva del marxismo es el análisis concreto de la situación concreta”) *se trata de lo mismo*, lo único que cambia es la escala del objeto.

Por otra parte, toda la tradición marxista está marcada por la exigencia del análisis concreto. Esta exigencia corresponde a una necesidad política. El análisis concreto de todos los elementos imbricados en la complejidad de las relaciones de clase y sus efectos de una situación determinada es, en sentido riguroso, *descubrimiento*

de la realidad (lo que siempre supone sorpresas, “novedades”) y al mismo tiempo *determinación* de la línea a seguir para alcanzar los objetivos de la lucha.

Pero esta práctica, infinitamente preciosa, también ha desaparecido en el partido. Maurice Thorez tenía aún el valor, antes de la guerra, de presentar análisis concretos sobre las relaciones de clases en Francia. Desde la guerra, esta tradición se ha ido perdiendo poco a poco. Nada sobre las relaciones de clases en Francia en el XX, XXI y XXII Congresos del partido. Se comprende por qué: la dirección tiene “su” teoría del CME; como ésta era para la dirección una verdadera teoría, cumplía funciones de análisis concreto *por adelantado*. Si se quería dar sensación de “ir a lo concreto”, bastaba con *aplicarlo* desde arriba a cualquier cosa. También aquí el partido recuperaba una vieja tradición de la interpretación dogmática/especulativa estalinista del marxismo: la verdad concreta se da cuando *se aplica la teoría*, que es en consecuencia la verdad de todas las verdades, y el análisis concreto se convierte en último extremo en “simple y pura ejecución”, es decir, en algo fácil y casi superfluo, puesto que no es más que la verdad aplicada. Este esquema de la verdad concreta como “aplicación” de una verdad superior hizo estragos políticos bajo la II Internacional. Dichos estragos renacieron bajo Stalin, y afectaron también al partido francés. Concebir el análisis concreto como *aplicación* de la teoría equivale, a menos de ser distraído, a meterse de lleno en callejones políticos sin salida, más graves todavía que los efectos de la fabricación de una “teoría” por encargo.

II. El “Tope”

Tenemos, en nuestra historia nacional, un ejemplo edificante. Se trata del “tope”. Hace algunos años, un secretario de federación dio con esta fórmula sorprendente para definir el estancamiento electoral del partido en las elecciones parciales. Cuestión de actualidad, si se tiene en cuenta que desde hace mucho tiempo el partido “gira” alrededor del 20-21 por ciento de los votos, sin poder avanzar: está bloqueado. Esta última vez incluso se ha permitido el lujo de reba-

sar en 0,8 puntos (negativos) el nivel de su “tope” histórico. Subrayemos que este fenómeno “nacional” interesa también al PC italiano, que también tiene su propio “tope”, el punto de progreso decisivo al que se aproxima, pero que *no consigue rebasar*. Pero, ¿quién, entre nosotros, se ha tomado la cosa en serio y ha analizado el hecho? ¿Quién se ha decidido a plantear la sencilla pregunta: cuáles son los límites reales, cuáles las razones económicas, sociales e ideológicas de clase de tal estancamiento? En suma, ¿quién ha hecho el *análisis concreto de la situación política de clase* del partido en la Francia de hoy?

La dirección tenía de antemano la respuesta en la “teoría” del CME, que bastaba con “*aplicar*”, cosa que algunos han intentado. La dirección nunca ha planteado la cuestión en términos de análisis concreto. Porque esto hubiera implicado descubrir bastantes verdades incómodas: en primer lugar, que el “tope” no reside ante todo en la pequeña burguesía, como se suele creer, sino *en la clase obrera misma*. Sólo el 33 por ciento de la clase obrera ha votado al partido, mientras que el 30 por ciento de sus votos fue al PS, el 20 por ciento a la derecha, y el resto se ha refugiado en la abstención y el rechazo tajante de cualquier política (tradicción anarcosindicalista en Francia). Una buena lección de la realidad, si recordamos la arriesgada declaración de G. Marchais hace tres años: “la clase obrera ha realizado su unidad política” (se refería a... ¡la unión de la izquierda!). Por el contrario, lejos de ser un objetivo alcanzado, la unidad política de la clase obrera es un objetivo que está ante nosotros.

Además hay que recordar que la clase obrera, como las demás clases, no es ni una, ni un todo, ni homogénea, ni está desprovista por no se sabe qué milagro de contradicciones internas. Por supuesto tiene en común la explotación padecida por todos los trabajadores industriales (que la distingue de la explotación padecida por el campesinado y la pequeña burguesía), pero sus condiciones de vida y de trabajo varían, la resistencia a la hegemonía burguesa que la penetra cambia según la concentración de la producción, como cambian asimismo los resultados históricos de las luchas, lo que explica la diversidad de reacciones políticas, y la desigualdad de la conciencia de clase.

La dirección del partido descuida el análisis concreto y la teoría: que esto le lleve a un callejón sin salida le deja indiferente, ya que de todas maneras detenta el control del examen de la situación. Cuando analice “con su lupa” los resultados electorales, podemos estar seguros de las conclusiones por adelantado, aparte de la sociología electoral, etc.: “no hay suficiente conciencia” en los militantes y en los trabajadores, “esfuerzos insuficientes para extender y hacer comprender nuestras ideas”. Como la línea es intangible y está fijada por “el interés objetivo” del pueblo de Francia, *lo único que puede variar son la conciencia y el esfuerzo*. En cualquier caso, *ni la realidad concreta ni su análisis concreto*.

Pero, ¿quién se atrevería a decir que la imagen que da la dirección, con sus prácticas, de *la realidad interna* del partido, y los efectos visibles que ello produce, no tiene también algo que ver con “el tope”? Por mucho que la dirección crea que con el XXII Congreso tomó una especie de baño de rejuvenecimiento, que le lavó de los malos recuerdos del pasado, la gente tiene la memoria tenaz, y ahora sí que el chantaje del anticomunismo se ha acabado definitivamente. Cuando la pequeña burguesía rural y urbana, que nos guste o no, se aferra a su ideología mítica de propiedad y de libertad, en un mundo que la despoja de ambas, ve venir a los comunistas con sus propuestas recién pintadas acerca de la propiedad y la libertad, les deja decir pero no por ello cambia de opinión. ¡Vanas palabras! A pesar de ser herederos de la revolución de octubre y conservar el recuerdo de Stalingrado, cuando se arrastra la masacre y la deportación de los campesinos recalcitrantes, bautizados *kulaks*, la aniquilación de las clases medias, los campos, y la represión que sigue en pie veinticinco años después de la muerte de Stalin; cuando, a modo de garantías, lo único que se ofrece son palabras *inmediatamente desmentidas* en el único terreno en el que es posible una verificación, el de las prácticas internas del partido..., se comprende que el “tope” tiene algo que ver también con el partido.

Hay que decir que la dirección, en esta cuestión, bate sus propios récords. Hay quien imagina que la gente es tan estúpida como para creer sin más en la palabra de una dirección que habla clara y enérgicamente de cambio, democracia y libertad *refiriéndose a un país que no gobierna y no ha gobernado jamás*. En estas condiciones,

¿dónde pueden estar las pruebas? Terrible expresión, la de Georges Marchais: “los comunistas franceses jamás han levantado la mano contra las libertades...” pero todos los franceses pensaron: “¡caramba, nunca han tenido la oportunidad de hacerlo!”. Se puede creer verdaderamente que la memoria de este pueblo es tan corta como para olvidar con qué desprecio hacia la libertad y la verdad la dirección del partido francés destrozó y aplastó moralmente a unos hombres, bajo la ignominia de acusaciones fabricadas de cabo a rabo para deshonorarlos: auténticos “procesos de Moscú” en Francia, exceptuando la ejecución final; pero también se puede hacer morir a un hombre de deshonor, torturándole con la acusación de ser un “policía”, un “estafador” o un “traidor”, obligando a todos sus viejos camaradas de lucha a condenarlo por unanimidad, renunciando a su pasado, obligándoles a esquivarlo y calumniarlo. Esto sucedía en Francia, entre 1948 y 1965. El partido comunista no estaba en el poder, no “levantó una mano contra la libertad de los franceses”, y sin duda ésta es la razón por la que no tiene ni una palabra para recordar, arrepentirse o reparar tales abominaciones, de las que la dirección fue la única responsable.

Se comprende que la dirección del partido no aprecie el análisis concreto. Éste es exigente y fecundo: pero no perdona. Y como pone en práctica la teoría, se comprende que al partido no le guste la teoría: cuando ésta es viva, es exigente y fecunda, y tampoco perdona.

Era necesario llegar hasta aquí para tener una idea de la ideología del partido. Enraizada en la confianza de los militantes y su explotación a manos de la dirección, adosada a una “teoría” arbitraria pero hecha a medida para servir una línea política establecida de antemano, despreciando la verdadera teoría y el análisis concreto de la situación concreta, la ideología del partido se reduce efectivamente a esta caricatura: “cementar” a cualquier precio la unidad del partido alrededor de una dirección que no sólo detenta el poder de mandar a los hombres, sino, además, el poder de mandar a la verdad, en función de una “línea” que ha delimitado como “justa”.

La ideología, la “teoría” y el análisis se ven así reducidos al estado

de instrumentos, de medios de manipulación de los militantes para convencerles de que acepten “libremente” una línea y unas prácticas definidas al margen de ellos. El pragmatismo de esta práctica choca y se contradice con lo más valioso de la tradición marxista, las exigencias fecundas de la teoría y del análisis vivo, así como la ampliación de la ideología de los militantes hasta sus orígenes y las perspectivas de la lucha en la que se han comprometido. Lo que está en juego, detrás de todas estas cuestiones (teoría, análisis e ideología), es en definitiva *la relación del partido con las masas a través de su práctica política*.

4.

UNA SOLUCIÓN: SALIR DE LA FORTALEZA

Un poco de conciencia histórica basta para mostrar que existen tantas formas de prácticas políticas como clases en el poder o luchando por él. Cada una gobierna o lucha según la práctica que corresponde mejor a los condicionantes de su combate y de sus intereses.

Podemos, por ejemplo, gracias a su historia y a sus teóricos, afirmar que lo propio de la práctica burguesa de la política consiste en *hacer asegurar su dominación por los demás*. Esto ya es cierto en Maquiavelo, a pesar de que Gramsci no lo vio, como ha sido cierto en todas las revoluciones burguesas, activas o “pasivas”. La burguesía consiguió que las llevaran a cabo sus propios explotados, plebeyos, campesinos, proletarios y sus aliados. Siempre ha sabido dejar que sus fuerzas se desencadenasen, para esperarlas a la hora del poder, y abatirlas entonces de forma sangrienta, o reducirlas pacíficamente, confiscando en provecho propio los frutos de su victoria y de su derrota.

Frente a esta práctica burguesa de la política, la tradición marxista siempre ha defendido otra tesis. El proletariado tiene que “liberarse a sí mismo”, no puede contar con ninguna otra clase y con ningún libertador fuera de sí, sólo puede contar con la fuerza de su organización. No tiene otra opción, ni explotados que manipular. Y como se ve necesariamente obligado a concluir alianzas, no puede tratar a sus aliados *como a otros*, como fuerza a su merced que podría dominar a su antojo, sino *como a iguales* cuya personalidad histórica debe respetar.

Sabe, por el contrario, que él puede estar muy seriamente amenazado de caer en la trampa ideológica de la práctica burguesa de la política, ya sea cediendo a la colaboración de clases y poniéndose objetivamente al servicio de la burguesía (véase la socialdemocracia), ya *reproduciendo*, tras la ilusión de su independencia, la prác-

tica política burguesa en su propio seno: ambas eventualidades pueden ir de la mano.

¿En qué consiste entonces reproducir la práctica política burguesa en su propio seno? En tratar a los militantes y a las masas *como a otros*, a los cuales la dirección hace realizar su política, en el más puro estilo burgués. Basta con dejar “actuar” todo el mecanismo interno del partido, que reproduce espontáneamente la *separación* entre la dirección y los militantes, y la *separación* entre el partido y las masas. La dirección utiliza entonces dicha en beneficio de su política: su práctica política tiende a reproducir la práctica política burguesa, en la medida en que actúa *separando* la dirección de los militantes y el partido de las masas.

I. Todo se ha hecho desde arriba

Éste es el sentido de las reiteradas observaciones que hemos podido hacer a propósito de la línea de 1972 y de su “realización”: todo se ha hecho desde arriba, sin preocuparse de los militantes, que se han visto marginados, y menos aún de las masas. A la manipulación de los militantes y las masas en las grandes maniobras de la dirección se ha superpuesto con toda naturalidad, como en la práctica burguesa, el desprecio por la teoría y el pragmatismo más grosero. Hasta tal punto es cierto, que el desprecio hacia los militantes y las masas corre siempre parejo con el desprecio de la teoría y del análisis concreto, y en consecuencia con su contrario: el autoritarismo y el pragmatismo de la verdad (la verdad no es más que un *instrumento*). Todo lo sucedido desde 1972, y sobre todo desde septiembre de 1977, no ha sido más que la verificación de esta tesis clásica: cuando un partido obrero tiende a abandonar los principios de la independencia de clase de su práctica política, tiende a reproducir espontánea y necesariamente en su propio seno la práctica política burguesa. Los resultados son conocidos: un pequeño “tope” numéricamente ridículo; ¡pero en el uno o dos por ciento de votos que faltaron a la izquierda, había un mundo entero!

El hecho de que en el partido, y en base a la tradición estalinista, la teoría sea “propiedad” de los dirigentes, y que esta “propiedad” de

la teoría y de la verdad disimule otras “propiedades”, las de los militantes y las de las propias masas, no debe interpretarse en términos individuales, sino en términos de sistema. El estilo de los individuos cambia, el estalinismo de nuestros dirigentes se ha vuelto “humanista”, algunos incluso pueden ser “abiertos”. Esto no es lo que cuenta. Lo que cuenta es que todo cuanto acabamos de indicar, en tanto que tendencia a reproducir la práctica política burguesa en el seno del partido, es *consecuencia de un sistema que funciona por sí solo*, independientemente de los individuos que ocupen un lugar en él, a los que sin embargo obliga a ser lo que son: *prisioneros y a la vez elementos activos del sistema*. Cuando se dice que el partido funciona autoritariamente, desde arriba, no hay que atribuir el autoritarismo a tal o cual dirigente, como una pasión personal, sino *a la máquina del aparato* que segrega conductas autoritarias y sus secuelas en todos los niveles de “responsabilidad”: un dispositivo automático de secreto, sospecha, desconfianza y artimañas.

En definitiva, hay que buscar detrás de la máquina del aparato: en la distancia impuesta entre los dirigentes y los militantes, en la distancia impuesta entre el partido y las masas populares.

II. La cuestión decisiva: la relación con las masas

Por ello no podemos limitarnos al partido, ni siquiera a las características de su práctica política: hay que hablar de la relación política con las masas en el sentido amplio, es decir, hay que hablar de la línea política y de la cuestión decisiva en la línea política: la cuestión de las alianzas.

La necesidad de un partido y una línea es indispensable para ayudar a la clase obrera a organizar su lucha de clase. Pero, del mismo modo que no hay que cultivar el partido por el partido, tampoco hay que organizar a la clase obrera por la clase obrera: esto sería caer en el aislamiento. La clase obrera existe en el seno de las amplias masas de trabajadores explotados u oprimidos como la parte más capaz de organizarse y enseñar el camino a todos los explotados.

La tradición marxista considera que la acción de las masas es lo determinante, y que es preciso concebir la acción de la clase obrera en función de dicha determinación. Las iniciativas históricas de alcance revolucionario vienen precisamente de las masas: el invento de la Comuna, las ocupaciones de fábricas de 1936, la conquista popular de los Comités de liberación en 1944-1945, la prodigiosa sorpresa de mayo del 68, etc. *Y a un partido se le juzga, en primer lugar, por su capacidad de estar atento a las necesidades e iniciativas de las masas populares.*

Sobre esta cuestión absolutamente decisiva de la relación estrecha con las masas, el partido supo definirse antaño. Es una tendencia de su historia. Pero existe también la tendencia contraria, que no deja de repetirse y de acentuarse: el reflejo del rechazo de todo lo que no está bajo el control del aparato, de las nuevas formas que puedan inquietar las certezas y el orden establecido. Como mayo del 68: en aquella ocasión el partido se cortó deliberadamente de las masas estudiantiles y pequeño burguesas *porque no las controlaba*, y presionó a la clase obrera para que su actividad fuera estrictamente reivindicativa. En general, el miedo instintivo a lo que no controla desde arriba, a partir de su “teoría” o de su aparato, hace que cuando el partido se decide a ponerse en movimiento, lo hace siempre con un retraso considerable. No por ello deja de tener en sus archivos, *de antemano*, la verdad sobre lo que va a suceder, mientras que, por el contrario, debería empezar por escuchar a las masas y estudiar lo que cambia. Marx decía: “La conciencia siempre está retrasada.” La dirección del partido aplica imperturbablemente este principio al pie de la letra, sin sospechar su virulencia crítica: *está segura de ser consciente porque está retrasada.*

Está claro que, según las relaciones que el partido mantenga con las masas (relaciones vivas, atentas, abiertas, o por el contrario relaciones de desconfianza, hermetismo y retraso), la línea del partido tendrá diferentes concepciones: amplia y flexible y al mismo tiempo justa, o por el contrario autoritaria y estrecha, aunque sea justa en abstracto. Podemos juzgarlo a partir de la cuestión central de toda línea revolucionaria: la cuestión de las alianzas.

Toda la tradición marxista, desde el *Manifiesto Comunista* de 1848, ha defendido la necesidad de las alianzas. La clase obrera no puede

vencer por sí sola, su lucha sería un “solo fúnebre” (Marx).

Pero hay alianzas y alianzas. Y sobre este punto se oponen dos concepciones-límite. O bien se conciben las alianzas en términos de *contrato* suscrito entre organizaciones políticas consideradas como “propietarias” de su electorado, o bien se conciben en términos de *combate* de la parte organizada de la clase obrera para extender su influencia.

En el primer caso, se trata de aplicar una concepción jurídica y electoralista: así se produjo la unión de la izquierda, a través de un contrato “en la cumbre”. En el segundo caso, se trata de una concepción que, respetando el pluralismo e implicando contactos jurídicos “en la cumbre”, compromete directamente al partido en la lucha de masas para extender su audiencia y conquistar posiciones más amplias, ante todo en la clase obrera y en la pequeña burguesía. La cuestión, en definitiva, es la de la primacía: o *primacía del contrato*, o *primacía del combate*.

Sin duda la dirección declaró que “*la unión es un combate*”, pero cabe preguntarse cuál podía ser el contenido de esta consigna formalmente justa, ya que la dirección se opuso a la constitución de comités populares, en contraposición a la postura adoptada en la perspectiva del Frente Popular en 1934-1936. De hecho, la dirección sustituyó el *combate en las masas* para dar a la unión sus bases reales, por el *combate entre organizaciones*, bajo la apariencia de fidelidad al Programa Común. De esta forma consiguió sustituir el electoralismo unitario (“oportunismo de derechas”) por un electoralismo sectario, que pretendía hacer pasar la dominación de un partido sobre otro por una hegemonía real, una “influencia dirigente” de la clase obrera en el movimiento popular. Pero esto seguía siendo -más que nunca- electoralismo, es decir, oportunismo de derechas. La dirección llegó incluso a hacer llamamientos a las masas, desde el dramatismo de septiembre (“Todo depende de vosotros”, G. Marchais en la Fiesta de *L’Humanité*) hasta esta fórmula sorprendente: “¡Hay que convertir la primera vuelta de las elecciones en una gigantesca ‘petición nacional’ de actualización de un buen Programa Común y de apoyo a los comunistas!”.

Uno cree soñar cuando sabe que entre 1972 y 1977 nada se hizo

para suscitar o desarrollar las iniciativas de la base y las formas de unidad de los trabajadores manuales e intelectuales. Más aún: cualquier sugerencia a favor de los comités populares fue rechazada aduciendo riesgos de “manipulación”. Y finalmente se hizo un llamamiento a las masas, después de haber roto sus iniciativas durante años. Para evitar caer bajo cualquier “manipulación”, se acababa simplemente manipulando a las masas. Y encima se pretendía que con la llamada *in extremis* de la dirección del partido de repente las masas se movilizasen y transformasen su voto de ciudadanos en “petición” de apoyo a la “batalla” llevada a cabo por el partido en el seno de la unión de la izquierda.

He aquí lo que sucede cuando se hace la opción de una concepción de la unión *por contrato* entre direcciones y cuando se intenta desesperadamente neutralizar sus efectos, intentando *incluir* en el último minuto *el combate en el contrato*: no sale del electoralismo, se acentúa, y se aumenta la confusión con un llamamiento a la movilización de las masas, a las que previamente se ha mantenido cuidadosamente al margen del *combate*.

Sin embargo, hubiera sido perfectamente posible concebir esta política de unión como política de masas y de lucha: como una política de *unión popular*, que asociara el contrato firmado “en la cumbre” con la lucha unitaria en la base, a través de la cual el partido hubiera podido extender su audiencia más allá del “tope”. En este caso, se habría *incluido de entrada el contrato en el combate* y se habría actuado para dar prioridad a la lucha unitaria de las masas. Se habría confiado en las masas para contrarrestar las maniobras y manipulaciones, y se habría dejado de manipularlas, es decir, de tratarlas de hecho como el objeto de una práctica burguesa, para crear las condiciones de una política obrera y popular de *unidad popular*.

La desconfianza profunda, tenaz, enraizada, de la dirección frente a las masas ha impedido al partido esta opción liberadora. Se encerró en una política de contrato en la que la unión era administrada “en la cumbre”. La consigna de “unidad popular”, que surgía espontáneamente en las inmensas manifestaciones de trabajadores en los años 1973-1975, el partido *se negó literalmente a escucharla*. Miedo al riesgo, disfrazado de miedo ante la aventura, o, en último

extremo, pura y simple rutina (¡quién sabe qué razones reconoce un aparato!). La dirección se refugió en sus viejas costumbres como en una defensa: su fortaleza, arrastrando a ella al partido. La izquierda ha perdido: la fortaleza sigue en pie, inmutable, haga frío o calor.

III. El Partido, prisionero de su repliegue

Todo lo dicho acerca del partido, para que sea completo y comprendido, debe también permitir verlo *desde fuera*: no sólo en su aparato, sus prácticas, sus concepciones, su línea, sino además *desde fuera* de la situación francesa. Hay que resaltar que ocupa en ella una posición totalmente singular.

Hay que constatar, efectivamente, que por su desconfianza ante las masas y por su repliegue sobre sí mismo, el partido está en la sociedad francesa como una guarnición en una fortaleza, en lugar de estar “como pez en el agua”.

La fortaleza aguanta y perdura, por supuesto: ésta es su función. El partido necesita continuidad, por supuesto; pero si se trata de la continuidad de una fortaleza, lo mismo da leer a Vauban* que a Marx.

Maquiavelo decía que el que se construye una fortaleza y se refugia en ella se convierte en prisionero de sus muros: está perdido no sólo para la guerra, sino además para la política.

Si la fortaleza quizá (hay que examinarlo) tuvo sus razones de ser en los primeros años de la III Internacional, el partido tiene que tratarla hoy no como un refugio, sino como un simple punto de apoyo: es lo que hizo en 1934-1936, cuando su política se abrió ampliamente a las masas en movimiento (“¡No tenemos ministros, pero tenemos el ministerio de las masas!”, Maurice Thorez), y durante la Resistencia. Para un revolucionario, *una fortaleza sólo tiene razón de ser si se sale de ella*, para desplegar sus fuerzas en las masas. Hay que mirar las cosas de frente: la derrota de marzo de

* Marqués de Vauban (1633-1707). Mariscal e ingeniero militar francés. Autor de diversas obras sobre construcción de fortificaciones. (N. del T.)

1978 es la de una línea política y una práctica política estrechamente unidas al funcionamiento del partido, encerrado en su fortaleza y negándose a salir de ella “para perderse”, es decir, para encontrarse de nuevo entre las masas.

El hecho de que el partido adquiriera, en la sociedad francesa, la figura de una fortaleza suena extraño. Porque, de hecho, el partido no se ha construido una fortaleza, *se ha replegado*: repliegue únicamente sobre un tercio de la clase obrera, repliegue preventivo ante las masas, repliegue ante los acontecimientos, que lleva al retraso sistemático. Y la dirección encuentra el medio de hacer de la necesidad virtud y presentar dicho repliegue, que practica sin justificación, como señal de fuerza, de prudencia y hasta de clarividencia política. Clarividencia: pero esto es cerrar los ojos ante el sentido objetivo de este repliegue, que no puede conducir más que al *aislamiento* del partido en la sociedad francesa -sin que el aumento del número de adherentes baste por sí solo para romperlo-. Cuando se pone de relieve el *aislamiento* del partido, cuestión que debería interesar muchísimo al partido, la dirección acusa automáticamente a la burguesía y su anticomunismo visceral: y como de todo se puede sacar provecho, no ve en este hecho más que la confirmación de que el partido “no es como los demás”.

Justamente, la cuestión del partido y de su transformación está en el centro de las preocupaciones de todos los comunistas. Si debe cambiar, ¿no tiene acaso que convertirse en un “partido como los demás”? ¿Y si no se convierte en un partido “como los demás”, cómo puede transformarse? La cuestión aquí planteada es la del fin del aislamiento del partido o, para volver a nuestra metáfora, la cuestión de *la salida de la fortaleza*.

En este punto, un grave peligro oportunista amenaza al partido. Porque hay dos maneras de “salir de la fortaleza”. Se puede salir quedándose en el mismo sitio, simplemente echando abajo las murallas, liquidando la tradición revolucionaria y “transformando” el partido, tal cual es, *en su repliegue actual*, en un “partido como los demás”, es decir, formalmente liberal. Pero se puede salir de forma completamente distinta: rechazando el repliegue y abandonando la fortaleza, para meterse decididamente en el movimiento de masas, ampliando a través de la lucha la zona de influencia del partido, y

hallando en esta lucha, abierta a las masas, las verdaderas razones para transformar el partido, dándole la vida que le viene de las masas.

En esta segunda vía, no se trata en modo alguno de que el partido sea “un partido como los demás”, tomando prestadas sus reglas internas a los partidos burgueses. El partido, incorporando lo mejor de la experiencia histórica revolucionaria, tiene que *inventar* por sí mismo sus reglas internas, a partir de la experiencia y de los análisis de sus militantes. No agito palabras, hablo de hechos. Por poco que consigan finalmente expresarse, sorprenderá la riqueza de *las propuestas concretas* que los militantes tienen ya en sus cabezas, profundamente pensadas. Y existe suficiente fuerza, voluntad y lucidez en las bases obreras y populares del partido para cambiar “lo que ya no puede durar”, y crear formas nuevas, inéditas, que salvaguarden la independencia de clase del partido, su autonomía, y su exigencia de libertad real en la reflexión, la discusión y la acción.

Y para decir unas palabras sobre el tema que moviliza hoy a toda la propaganda burguesa contra el partido, el centralismo democrático, está claro que los militantes no caerán en la trampa. Defenderán su principio, no por fetichismo hacia los estatutos o por apego al pasado, sino porque saben que un partido necesita, para no ser “como los demás”, unas reglas distintas de las de los demás, y una libertad sin relación con el derecho burgués, porque es más rica que él. Y saben que si el partido está vivo, inventará con las masas las nuevas formas de esta libertad, sin tomar consejo de los expertos en democracia burguesa, sean o no comunistas.

IV. Una línea de unión popular

Podemos sacar de este análisis, para nosotros, unas conclusiones de trabajo y de lucha para el futuro: las presento en orden, pero este orden no implica *ninguna prioridad ni ninguna subordinación*. Estas conclusiones están estrechamente entrelazadas las unas con las otras, y tenemos que ponernos a trabajar en todos los ámbitos a la vez. Necesitamos, efectivamente, a cualquier precio:

1. Una teoría marxista resucitada. Una teoría no paralizada y desnaturalizada por fórmulas consagradas, sino lúcida, rigurosamente crítica y capaz de afrontar no sólo las contradicciones, sino también *sus propias* contradicciones. Una teoría marxista salvada, del seno de su crisis actual en el movimiento comunista, por la práctica del análisis concreto y por la práctica de las luchas populares. Una teoría que no esquive las iniciativas de las masas y las transformaciones sociales, sino que por el contrario las afronte, las penetre y se alimente de ellas.

2. Una crítica y una reforma profundas de la organización interna del partido y de su modo de funcionamiento. El gran debate emprendido por la base debe llevar al partido a un análisis concreto de las reglas actuales del centralismo democrático, bajo el punto de vista de sus consecuencias políticas. No se trata de renunciar al centralismo democrático, sino de renovarlo y transformarlo para ponerlo al servicio de un partido revolucionario de masas, y para preservar la especificidad y la independencia de este partido frente a la burguesía.

3. Un análisis concreto de la situación de clase en Francia, que permita entender, para neutralizarla, la lucha de clase de la burguesía en sus objetivos, sus giros y sus maniobras; que permita captar las causas concretas de la división y de las contradicciones en el interior de la clase obrera, así como en la pequeña burguesía urbana y rural; y finalmente conocer, en sentido riguroso, la naturaleza y el lugar de los partidos en estas relaciones de clase, y más concretamente del PC y del PS.

4. La definición de una política de alianzas de todas las fuerzas obreras y populares, que combine los contratos en la cumbre con el desarrollo de la lucha del partido en la base: *una línea de unión popular*, sin reformismo ni sectarismo, para la movilización activa de las masas y el libre desarrollo de sus iniciativas. *Esta línea puede apoyarse en el XXII Congreso*, a condición de ver claras las contradicciones del XXII Congreso y de acabar con sus tendencias al “aventurerismo democrático”.

Sólo con estas condiciones, de las que aquí sólo puedo exponer los principios, el partido podrá cambiar, abandonar todos los equívocos

y trabas que ha heredado del pasado, corregir sus errores y fracasos, y contribuir a la unión de las masas populares que ha de llevarlas, finalmente, a la victoria.

10 de abril de 1978.

ANEXO 1

CARTA DE SEIS INTELLECTUALES DEL PCF^{*}

Al perder de nuevo las elecciones contra un poder minado por sus divisiones internas y por la impopularidad de su política económica, la izquierda no ha perdido tan sólo una batalla. Es de temer que se haya desvanecido por un largo período una inmensa esperanza. Es preciso reconstruir una gran fuerza popular. Sería dramático pretender disimular la amplitud de la derrota y los problemas que plantea extrapolando las cifras de un equilibrio electoral que se está revelando bien frágil. Hay que empezar a preguntarse si en los últimos meses la izquierda no ha puesto de manifiesto sus debilidades políticas y sus contradicciones internas: la división nunca totalmente superada entre los partidos, el desfase del lenguaje, de los objetivos y de una práctica política que cae con demasiada frecuencia en la rutina y en el electoralismo. El partido comunista había tenido el acierto de tomar la iniciativa, proponer la unión y el programa. Pero, ¿puede acaso decirse que haya sabido prever también la naturaleza real de las dificultades con las que tropezaría esta unión? ¿Que haya encontrado los medios para luchar contra estos obstáculos movilizándolo a las masas a favor de la ampliación y el reforzamiento de la unión? ¿Que haya sabido transformarse a sí mismo hasta convertirse en el instrumento idóneo del movimiento popular? ¿Por qué razón no ha podido evitar el partido ese continuo movimiento de vaivén que le lleva ora al oportunismo de derechas, ora al sectarismo, y esos virajes que plantean serios interrogantes acerca de su estrategia y de la corrección de sus métodos de trabajo?

Estos graves interrogantes se encuentran en el centro de discusiones apasionadas que se desarrollan desde el 13, y sobre todo el 19 de marzo, en las células y asambleas del partido, pero también y especialmente en todos los lugares en que están presentes los comunistas: en las fábricas, en las oficinas, en los barrios, en los sin-

* Le Monde, 6 de abril de 1978.

dicatos, en los municipios y asociaciones democráticas. Los militantes comunistas ven claramente que, a fin de cuentas, es la influencia y la misma existencia del partido lo que se discute, sobre todo entre la clase obrera. Al mismo tiempo, la dirección de nuestro partido guarda silencio sobre lo esencial: las causas profundas de una situación en la que, tras hartarnos de reivindicar el papel de motor, determinante, de la unión de la izquierda, “ha puesto al partido comunista ante la disyuntiva: la capitulación o la ruptura”, como ha dicho Charles Fiterman en su informe a la reunión de secretarios federales (29 de marzo).

La dirección admite que está en curso un “debate sin precedentes” en las células, en las secciones y en las federaciones y declara que su deseo es que se desarrolle tal debate, pero a la vez se niega a publicar en la prensa comunista las cartas y las contribuciones de los camaradas cuando se apartan de la línea de Fiterman. Al obrar así, la dirección del partido obliga a estos comunistas que disienten a expresarse a través de otros medios y hace que sus análisis aparezcan como dirigidos en contra del partido. Por otra parte, la inaceptable fórmula utilizada por el buró político en su declaración del 20 de marzo (“El Partido Comunista francés no tiene responsabilidad alguna en esta situación”) está en contradicción con la exigencia de una amplia y profunda reflexión sobre cuanto ha sucedido.

En todo ello vemos la confirmación de que la situación es de una gravedad excepcional y que exige un esfuerzo de reflexión y de crítica excepcional. No podemos aceptar sin un verdadero análisis la afirmación autoritaria del buró político de que la línea del partido ha sido correcta. No podemos aceptar la parodia de una discusión sobre la base de esta afirmación. Denunciamos la irresponsabilidad de la dirección que pide que “se trasladen las explicaciones del partido a los trabajadores, sin vacilaciones, respondiendo sobre todo a las acusaciones directas contra el partido” (Charles Fiterman), consigna cuyo efecto inevitable será el de agravar la división de los trabajadores, la división en el partido y su aislamiento entre las masas. Los comunistas, que se han entregado sin reservas a la campaña electoral, ven claramente que aquello que necesitamos por encima de todo no es un ejercicio de sociología electoral, sino

una discusión y una crítica que versen sobre todos los aspectos y toda la historia reciente de nuestra política, sin limitaciones ni condicionamientos, sin anticipar juicio alguno acerca de las causas que están en el origen de la derrota electoral y sobre las rectificaciones de la línea que tal derrota impone.

Pero esta discusión nos conducirá a análisis concretos y generará para el futuro una línea justa sólo a condición de que se disponga de los medios necesarios: información completa a disposición de los militantes, total libertad de discusión y de circulación de ideas en el seno del partido, desarrollo sistemático de las iniciativas de la base del partido, única que se encuentra en contacto con los trabajadores.

Para tal fin pedimos que, con prioridad absoluta, se adopten las indispensables medidas concretas para el desarrollo del debate democrático en el partido:

1. Que, con vistas a la próxima reunión del comité central, los miembros del CC y de las direcciones federales asistan a las células, a las asambleas de sección y de ciudad para suministrar todos los elementos de información a su disposición, para participar en la discusión, escuchar a los militantes y recoger sus ideas.
2. Que el informe y las intervenciones del próximo CC sean publicados inmediatamente.
3. Que sobre la base de esta publicación se abra inmediatamente en la prensa del partido una tribuna en la que puedan intervenir todos los comunistas con objeto de contribuir a la reflexión del partido.
4. Que el próximo congreso del partido sea un verdadero congreso extraordinario, tanto por los métodos de su preparación como por su desarrollo; que exprese públicamente el debate real del partido. Que se organice de modo realmente democrático la elección de delegados eliminando el filtro de las comisiones electorales. Que sea realmente soberano, esto es, que elabore por sí mismo, y tras las discusiones, la línea que deberá seguir todo el partido, en vez de contentarse con aprobar una resolución elaborada de antemano.

Estas peticiones son simples y claras. Pueden ser objeto de una decisión inmediata. No pueden suscitar ninguna objeción seria en

cuanto que están perfectamente de acuerdo con los estatutos del partido. Todos los comunistas saben que estas peticiones representarán las condiciones materiales y las condiciones políticas indispensables para que se emprendan un análisis y una discusión real. Todos saben que son necesarias para que el partido quede en condiciones de afrontar las difíciles tareas que le esperan.

Louis Althusser.

Étienne Balibar.

Jean Pierre Lefebvre.

Georges Labica.

Guy Bois.

Maurice Moissonier.

ANEXO 2

UNA REGRESIÓN *

Los comunistas abajo firmantes, pertenecientes a todas las categorías socio-profesionales, no podemos ocultar nuestra extrañeza ante un cierto número de expresiones y afirmaciones contenidas en el informe de Georges Marchais

Procederemos, como todos los comunistas, a un análisis en profundidad de este texto en su conjunto, pero una serie de hechos graves exigen urgentemente estas puntualizaciones.

Con la disculpa de una referencia más bien formal a las tesis del XXII Congreso, algunas formulaciones sumarias caricaturizan las posturas de aquellos intelectuales comunistas que, últimamente, debido al rechazo de nuestra prensa o por una decisión ligada a nuestra concepción del pluralismo, se han expresado en periódicos distintos a los órganos del PC.

Nuestros puntos de vista en relación a estas contribuciones son, por supuesto, divergentes, pero ahí está precisamente la riqueza de nuestro partido. Considerar como “patinazo del pensamiento” todo análisis que no salga de la dirección del partido, hablar en ese sentido de “liquidación del partido”, de “renuncia a ser comunista” o de “vuelta a la dictadura del proletariado” como panacea, supone unas simplificaciones desmedidas.

El hecho de que camaradas, células locales o de empresas, secciones, e incluso comités federales, pidan una tribuna de discusión en un período excepcional y que igualmente quieran debatir sobre mejoras que perfeccionen - urgentemente- el centralismo democrático, se considera como un “intento de dismantelar el partido en nombre de una ola de anarquismo pequeño burgués”...

El hecho de que se permitan criticar el papel de los permanentes -lo que no supone poner en duda su necesidad-, el peligro de que estos permanentes se separen de la producción, de la vida, de las masas,

* Le Monde, 20 de mayo de 1978.

se identifica con un ataque anti-obrero proveniente de intelectuales bien (?) pagados. Esta reacción obrerista demuestra un gran desprecio por la clase obrera, es irrisoria. Y lo es, sobre todo, porque gran número de trabajadores participan de estas mismas inquietudes.

Estas afirmaciones suponen -por encima de las rituales referencias a la alianza fundamental entre los intelectuales y la clase obrera- un verdadero paso atrás en relación a los avances de nuestro partido en este campo, bajo la influencia de Maurice Thorez en los años treinta, y más tarde en la reunión del comité central en Argenteuil hace doce años, en cuanto al papel y el trabajo de los intelectuales comunistas, es decir, su lugar en el partido, y en cuanto a la alianza clase obrera-intelectuales. ¿Cómo no vamos a resaltar la contradicción entre un lenguaje de este tipo y la política de alianzas que preconizamos?

No se trata en absoluto -en contra de una visión caricaturesca- de poner en duda los logros del XXII Congreso, con los que nos sentimos profundamente identificados, ni de infravalorar la responsabilidad del partido socialista en el fracaso de marzo de 1978, sino de analizar sin contemplaciones por qué la corriente revolucionaria no ha podido provocar una potente corriente popular. El rechazo sistemático de este análisis supone una actitud defensiva, una ausencia de confianza respecto a las masas y a los miembros de nuestro partido a los que se pretende seguir negando la categoría de adultos.

Seguimos pensando -y seguiremos diciendo- que sólo esa valentía política -que no se niega a analizar ninguna cuestión- sería capaz de reanimar la vida política, crear las condiciones de creatividad política en nuestro partido, y permitiría, mediante su trabajo paciente y fraterno en la base, renovar la unión de la izquierda a largo plazo.

Frente a una burguesía que va a aplicar sin comedimiento un “liberalismo” que influirá duramente sobre las condiciones salariales y laborales de los trabajadores manuales e intelectuales, las luchas necesarias precisan de un partido comunista potente en la medida en que esté abierto ampliamente a las necesidades y aspiraciones de

los trabajadores, capaz de estar a su escucha, capaz igualmente de sintonizar con sus adherentes, sean obreros o intelectuales. No hace ningún bien a nuestra causa intentar enfrentar a unos con otros.

El retraso de nuestro partido para ponerse al día -justamente señalado por Georges Marchais en varias intervenciones- no haría más que aumentar con grave perjuicio para el porvenir de nuestro pueblo. Es muy urgente que el XXIII Congreso rellene estas lagunas en todos los campos. Desde este punto de vista, será decisiva la forma en que este Congreso sea preparado.